El Cuaderno

SEMANAL DE CULTURA DE LA VOZ DE ASTURIAS

Nº 8 / Domingo 4 de diciembre del 2011 / www.elcuadernocultural.com

VALENTE

MIGUEL ROJO

LUIS MUÑIZ

CRAIG THOMPSON

JORGE FLÓREZ

CARLOS SUÁREZ

QUINCOCES

GUTIÉRREZ & .TAPE.

ESTEBAN PRENDES

RUIDO DE DRAGONES

Un capítulo en exclusiva de la quinta entrega, en español, de *Canción de hielo y fuego*

ANTÍGONA EN CASTILLA

La mujer del hatillo gris: making of

«LOS VIVOS NO PUEDEN VIVIR EN PAZ MIENTRAS NO ESTÉN EN PAZ LOS MUERTOS»

El joven cineasta asturiano Luis Trapiello reflexiona sobre su último corto, proyectado en Gijón y en Valladolid y premiado en Hamburgo, y sobre su trasfondo histórico

LUIS TRAPIELLO

Recorto las columnas de Manuel Vicent en *El País* y las voy guardando por distintos sitios de la casa: entre las páginas de un libro, a modo de marcador; en una estantería atestada, bajo una copa de vino, en algún cajón olvidado, con el fin de ir encontrándomelas con el tiempo como proteína pura para degustar en el momento en que uno normalmente más las necesita. Se trata de una suerte de IChing mucho más luminoso y feliz donde encuentro inspiración para el momento preciso en que el azar y el hambre las vuelven a traer a modo de respuesta.

Una de esas columnas contaba brevemente la historia de una mujer que camina a través de la luz violenta de Castilla en busca de su marido, preso en el penal de Ocaña; una vez allí, descubre que ha sido trasladado a otro y después a otro penal, recorriendo así, a pie, buena parte de la España de plomo de la posguerra. Esta historia de amor, turbadora y profunda, tan similar a otros relatos familiares cercanos, se fue disolviendo en la memoria mientras pensaba en el modo de impresionar la luz de las palabras de Vicent en una película de 35 milímetros.

Con el tiempo he llegado a dudar si la historia de María era propia, leída u oída a algún amigo cuya abuela también había pasado aquél o muy parecido trance, lo que, sin duda, me parece la más alta meta de la literatura. Así es que un par de años después, esperando justamente el nacimiento de mi hijo, leyendo en la alta noche la entonces nueva novela de Manuel, ***León de ojos verdes,*** encontré de nuevo a María caminando por secarrales, perdida entre la nada del paisaje fulminado y el vacío que lleva dentro esta mujer fuerte y determinada.

Hablé con el maestro y sin motivo alguno confió en que cambiara a este otro lenguaje su historia, la de tantas familias de un modo u otro, y así hemos puesto en marcha ***La mujer del hatillo gris.*** Por el camino se han sumado con entusiasmo muchas personas, empezando por Geno Cuesta, de la productora Blaster, que ha hecho posible la parte hoy en día casi imposible, y la gran cantidad de técnicos, casi todos asturianos, que han trabajado y lo han dado todo y más, en muchos casos sólo por el placer de hacer un trabajo bien hecho.

La actriz María Botto es María, la mujer que lleva el peso de la historia sobre sus hombros y dentro del hatillo que porta durante todo su trayecto. También en este caso sólo tuve que llamarla, enviarle el guión y en menos de tres horas había aceptado entusiasmada ser esta mujer y enfrentarse a un rodaje muy duro, con jornadas de maratón, bajo la misma canícula castellana que soporta María en su periplo, con el mismo agotamiento. Las últimas semanas previas a rodar, María (Botto esta vez) había dejado de cenar para ir quedándose en la delgadez que la lógica del relato exigía. Poco más que ensalada durante el trabajo. Dejarse la piel, y los huesos, y arañarse una y otra vez bajo las zarzas ardientes, quemarse bajo el sol, y también helarse con el viento negro de la montaña, y buscar la mejor manera de transmitir esa verdad sin importar nada más. Como el resto de actores que la acompañan; el gran Celso Bugallo, que ofreció una apabullante muestra más de su talento; Álex Angulo, que aportó tanto más de lo pedido; Pablo Rivero, la eficacia, la credibilidad, perfecto en su personaje.

El resto de actores asturianos tienen el mérito de haber hecho papeles pequeños, pudiendo haber hecho los más grandes. Qué grande es Manuel Pizarro, y Lucas Trapaza, y Luis Muñiz, y Antonio Castro, y Manolo Cuervo, y Eduardo Antuña, y todos los demás.

Sin ánimo de que se conviertan estas líneas en un recital de agradecimientos, cuento también que el parto ha sido largo; un par de años desde la columna en el periódico hasta que volvió a mí en el libro, un año más desde el guión a la producción, y otro año desde el montaje al estreno, hace pocos días en la Seminci.

Para una historia, aunque hecha mayoritariamente por asturianos, rodada íntegramente en Castilla, estrenar en Valladolid parecía el sitio ideal. Allí estuvimos para ver por primera vez en pantalla grande un relato que cobra una nueva dimensión así, en Cinemascope, con un público que respira a la vez que la película. La espera de un año mereció la pena por este lugar en el que cualquier viandante es un cineasta argentino que pregunta por los cines Roxy con una lata de película bajo el ala.

Estamos ya presentes en muchos festivales del mundo, a la espera de resultados, y habiendo sido ya premiados por estar en lugares diversos e interesantes, de Corea a Denver, de Varsovia a Nueva York... Hace unos días nos ha llegado el Premio al Mejor Cortometraje en el Festival de Hamburgo. El recorrido por España comienza ahora, justo tras Valladolid, pero el premio que de verdad espero cada día es que se apaguen las luces y un grupo de gente desconocida se ponga a caminar con María a través de sus emociones.

La mujer del hatillo gris cuenta la historia de una mujer que camina por Castilla en busca de su marido preso y de quienes se va encontrando a su paso y, por tanto, es, sobre todo, una historia de amor, pero de lo que en profundidad habla finalmente, creo que sutilmente, es del mito de Antígona, que dio su vida por enterrar dignamente a su hermano, para que su alma no vagara sin rumbo. Desde entonces creemos que los vivos no pueden vivir en paz mientras no estén en paz los muertos, y los campos y las cunetas de España, hoy, continúan llenos de cadáveres sin nombre arrojados a fosas comunes.

Cada lugar al que vamos con la película es un estreno, en realidad. Hace días, en Zinebi, la importante cita de Bilbao, con la ayuda de Álex Angulo, que jugaba en casa, presentamos allí nuestra historia con corazón. Hay dos cosas de las que estoy seguro en este cortometraje: el trabajo de los actores y el corazón que late en él. ■

Celso Bugallo y María Botto en una escena · Cartel del cortometraje y María Botto durante el rodaje

> **El recorrido por España comienza ahora, justo tras Valladolid, pero el premio que de verdad espero cada día es que se apaguen las luces y un grupo de gente desconocida se ponga a caminar con María a través de sus emociones.**

SEMANAL DE CULTURA DE LA VOZ DE ASTURIAS
www.elcuadernocultural.com

COORDINADOR: Juan Carlos Gea

CONSEJO EDITORIAL: Miguel Barrero, Juan Cueto, Álvaro Díaz Huici, Jordi Doce, Julio César Iglesias, Elena de Lorenzo Álvarez, Jaime Priede

REALIZACIÓN EDITORIAL: Ediciones Trea, S. L.

REDACCIÓN: Ediciones Trea, S. L.
Polígono Industrial de Somonte, c/ María González la Pondala, 98, nave D, 33393 Gijón • Tel.: 985 303 801
elcuaderno@trea.es • www.trea.es

DISEÑO GRÁFICO: Pandiella y Ocio

EDITA: La Voz de Asturias, S. A.
c/ Lila, 6. 33002 Oviedo • Tel.: 985 101 500
www.lavozdeasturias.es

PORTADA DE ESTE NÚMERO: Enrique Jiménez Corominas, *Daenerys con calavera de niño*, técnica mixta sobre papel de acuarela, 30 × 44 cm

Un poeta que piensa

LAS RAÍCES DEL SINGULAR MARIDAJE ENTRE POESÍA Y PENSAMIENTO DE VALENTE

Diario anónimo
José Ángel Valente
Galaxia Gutenberg, 2011,
368 pp., 22,90 €

A José Ángel Valente (Orense, 1929; Ginebra, 2000) le vino muy bien morirse. No al Valente persona, claro; nueve de cada diez médicos consultados opinan que morirse es malo para la salud. Pero sí al Valente autor, que se había convertido en un personaje antipático capaz, como Juan Goytisolo, de quejarse de que nadie le hacía caso en una entrevista a página entera en *El País*. Desaparecido el personaje que había dividido al mundillo entre fans y detractores, quedó sólo un poeta de una altura singular, además de un ensayista de una hondura extraña no ya entre los poetas españoles, tan poco dados a eso de pensar, sino incluso entre los ensayistas «profesionales». Si del 50 uno tiende a quedarse con la poesía de Ángel González y las ideas sobre poesía de Gil de Biedma es dejando aparte a Valente, un «raro» en el mejor sentido de la palabra que aunó poesía y pensamiento como pocas veces ha ocurrido en nuestra poesía.

Sus libros de ensayo (algunos tan memorables como ***Las palabras de la tribu*** o ***La experiencia abisal***) se recogieron en el segundo volumen de su obra completa editada por Galaxia Gutenberg y parecían dar por cerrado el corpus de la obra valentiana (el primero reunió su poesía completa). ¿Qué es lo que aporta este ***Diario anónimo***? Los cuadernos en los que Valente lo fue escribiendo parecen destinados, como señala Andrés Sánchez Robayna, responsable de la edición y prologuista, a servir de «vivero» de ideas para ensayos (y no sólo; hay también muchos poemas, algunos de ellos inéditos). Pero también hay en ellos cierta voluntad de permanencia que no ha hecho dudar al albacea de la voluntad de Valente de publicarlos. Hay algún cotilleo, sí, alguna muestra de mala leche hacia alguno de sus compañeros de generación, y también alguna muestra del lado «humano» (como si el intelectual no fuera humano) de Valente. Pero todo eso son minucias en unas páginas repletas de microensayos inteligentes y reveladores, de anotaciones que valen por sí solas. ¿Que Valente era un megalómano y aquí hay muestra de ello? Pues claro, menuda novedad. Pero quedarse en eso es no pasar de la cascarilla.

> ***29 de julio de 1991. «Sólo se regenera —¿resucita?— como inalcanzable lo que está siempre más allá de lo alcanzado. Lo demás muere. Tal es el fundamento del deseo»***

El momento de crisis de una ideología (que Valente anota en el 63, y que tan válido resulta hoy en día); su sentimiento de estar más cerca de otros poetas europeos como Enzensberger que de sus coetáneos españoles; la relación entre cultura y poder... son sólo algunos de los temas tratados en un diario que narra también visitas a José María Sicilia o Lezama Lima y que pasa de puntillas por episodios personales (como una noche en los locales de la Brigada Social al que otros habrían sacado mucha punta).

Enzensberger, en un ensayo de principios de los sesenta titulado «La manipulación industrial de las conciencias» (recogido en el volumen *Detalles*, publicado en España por Anagrama) alertaba sobre la manipulación definitiva: el instalarse en nosotros la convicción de que la conciencia era algo del todo personal y no una manipulación más insertada en nosotros por la sociedad. Contra eso se revela el Valente ensayista, de una forma, si no siempre despierta, que ayuda al ajeno despertar. «Cuando todo se quiebra alrededor, queda como señal del hombre la dignidad del acto libre. Ese último reducto de libertad obstinada que es el personaje de Filoctetes obliga al reconocimiento de la pasión del hombre libre», anota Valente en su diario. El primer paso para llegar es ponerse en camino.

Valente anota una cita de una entrevista con Borges («¿Tampoco ve a los contemporáneos?» «Yo no tengo contemporáneos») con la que sin duda se sintió muy de acuerdo, además de definiciones sobre la obra artística (vista por Valente como el único lugar donde se reúnen lo visible y lo invisible) y un sinnúmero de citas ajenas que salpimentan el diario y definen, rodeándola, su propia obra. En definitiva, un tomo fascinante (ejemplarmente editado, además, con la inclusión de algunas páginas fotografiadas del diario original) que es una nueva invitación a adentrarse en Valente y quedarse en su obra un rato para que ella se nos quede dentro para siempre. ■ **MARTÍN LÓPEZ-VEGA**

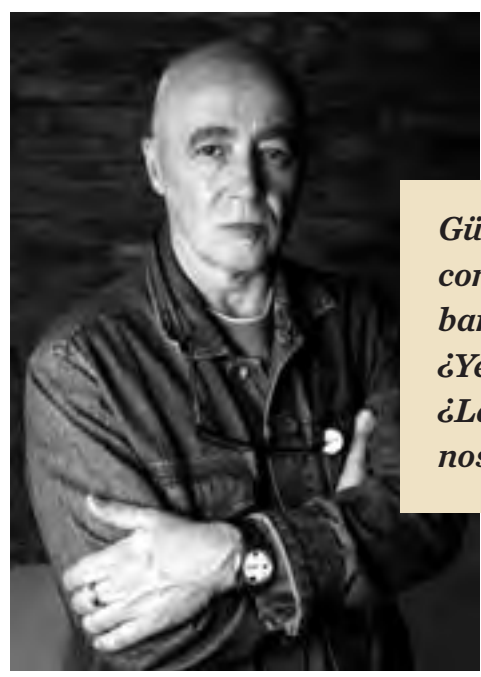
Los pasos de la conciencia

CARTOGRAFÍA DE UNA CONCIENCIA EN UN MOMENTO DE LACERANTE LUCIDEZ

El paséu / El paseo
Miguel Rojo
Edición bilingüe asturiano-castellano
Ediciones Seronda, 2011, 72 pp., 14 €

El paséu es el libro de poemas más ambicioso de Miguel Rojo (1957), tanto por su labrada arquitectura como por la gravedad de la meditación existencial que encierra y suscita. No faltan ni empeño estético ni textos memorables en los títulos anteriores, desde ***Buscador de estrellas*** (1996) hasta ***Llaberintos*** (2006), pero esta de ahora, que se presenta en edición bilingüe, es obra de un poeta más maduro y más diestro, tal vez por ello más sostenidamente escéptico. Lo que cabe leer como un único poema se segmenta en secuencias que poseen también una oportuna autonomía funcional. De ese modo, los sucesivos pero anudados fragmentos dan entrada a personajes, situaciones, escenarios, recuerdos que se manifiestan a medida que transcurre la marcha simbólica por un itinerario conectado con el mundo material (Gijón, Oviedo, Zarracín, Las Vegas, Amsterdam), pero que se convierte desde la salida en cartografía de una conciencia en un momento de lacerante lucidez.

A la vez que camina, el protagonista de ***El paséu*** contempla y se contempla, analiza y se analiza para articular un afilado autorretrato moral. El comienzo esperanzador de la caminata («De too esto tien que quedar algo») se transforma pronto en la incertidumbre que resumen los versos finales («¿Qué dexamos entós? / Nun sé. / Tal vez l'escaezu, esi ríu de sable tapecío qu'ha perdese na Historia»). La huella más perdurable de su estar en el mundo parece ser, con todas sus debilidades y patetismos, la propia escritura («¿Qué queda entós? / Seique solo estes palabres nun intentu d'amarrar el barcu de la memoria»). Como antídoto contra el desgaste del tiempo, posee sólo un valor relativo, pero proporciona al menos «esi azul de palabres qu'apurrir a la boca» cuando todo lo demás se oxida, incluidas las anclas del amor y la amistad («Güei ta too esgonciao, tan borroso como barcos fundíos baxo la fría banquisa de l'escauezu. / ¿Ye ésti'l preciu d'avieyar? / ¿La perda continua d'aquello que nos fexo esenciales y queríos?»), el abrigo familiar o la igualdad social (la percepción de sus fisuras aporta al volumen su dosis de alarma cívica).


Miguel Rojo / PABLO F. TEJÓN

El paseo va pautado por el fluir del pensamiento, que se vierte a través de un eficiente versículo, de reiteraciones intensificadoras, de citas de poemas y canciones (Bob Dylan, Patti Smith, Leonard Cohen), incrustadas como limaduras del pasado devueltas a la madera del presente y acopladas con naturalidad a la impenitente banda sonora del desconsuelo que orienta el ritmo, el tono y el lenguaje, deudor por igual de los registros orales y de la invención irracional.

> ***Güei ta too esgonciao, tan borroso como barcos fundíos baxo la fría banquisa de l'escauezu. ¿Ye ésti'l preciu d'avieyar? ¿La perda continua d'aquello que nos fexo esenciales y queríos?***

A partir de un manojo de detalles circunstanciales (Gijón, mañana de domingo, noviembre del 2007), Miguel Rojo ordena en *El paséu* una reflexión, poéticamente convincente, sobre el sentido de nuestras vidas. Para ello, adopta la apariencia de un *Homo viator* contemporáneo —derrotado y desorientado, pero vigilante sagaz— que se cruza con los otros («ensuchos campos de mapoles») y se encuentra a sí mismo en las irradiaciones de la memoria. Y que avanza dispuesto a neutralizar el «monstruu del mieu», a acariciar una salvación que sólo acierta a hacerse realmente visible en los quebradizos soportes de la escritura, en el «marañu lletres» a que se reduce el legado del hombre. ■ **LEOPOLDO SÁNCHEZ TORRE**

LUIS MUÑIZ, LA POÉTICA DE LA INDETERMINACIÓN

Las manzanas del improvisador

JAIME PRIEDE

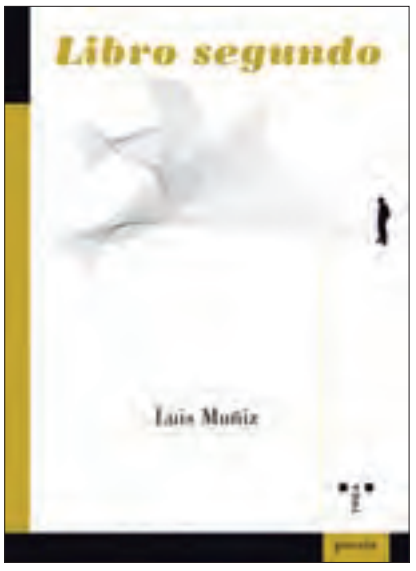
Sorprenden en la escritura de Luis Muñiz (Caborana [Asturias], 1964) unas cuantas cosas, pero la más llamativa, si pensamos en largo, resulta ser la contundencia de una poética que tiene su origen en ***Un fragor indeterminado*** (Trea, 2008), su primer libro, y muestra todo su álbum de posibilidades en este *Libro segundo*. Una de las singularidades de aquél era la desenvoltura para rechazar el cierre y la codificación de las formas poéticas. Cada poema jugaba con sus propios contornos en un movimiento de libre ejecución. Sorprendía el atrevimiento, no tanto de su arriesgada apuesta formal, que ya es una tradición en sí misma, como de su inserción lingüística en un marco tan discutible y poco discutido, al menos en España, como es el de la poesía. Su adhesión a la poesía como punto de cita con el lector tenía tanto de apuesta personal como de desafío. Me sorprendió por entonces que incluso poetas poco sospechosos de ortodoxia se mostraran reticentes a aceptarlo como libro de poesía. Lo que allí se ofrecía era de naturaleza conflictiva desde el título, y se rebelaba, una vez dentro, contra semejantes prejuicios, quizá un tanto anacrónicos, pero sin una sola negativa, solo a través de la ejecución de sus propios motivos y la forma en que dicha ejecución se *in*determinaba al paso: «De rellenos, de moldes, piensas, es de lo que va todo esto; de espacios vacíos y predeterminados que hay que rellenar de indeterminación, pues no de otra cosa rebosa la vida».

Libro segundo demuestra que aquello iba en serio. No va contra nadie ni contra nada, sino a lo suyo, que es indeterminado, pero a conciencia. Quien se detenga en ello encontrará aún más motivos en este que en el anterior para discutirle una identidad genérica. No la tiene, definitivamente la ha dejado atrás. La utiliza, eso sí, para revertirla y reconducirla hacia otro tipo de lectura. No creo que a estas alturas aún podamos sostener realmente una noción de prosa en idéntico plano a la noción de poesía. Como afirmaba David Anton ya en 1974, «a mi juicio, existe sólo el arte lingüístico. Eso es la poesía. Toda ella».

Pérdida del ideal de certeza

Vayamos entonces a lo que importa. *Libro segundo*. Una de las preguntas que podría subyacer en él sería: ¿contemplo el agua real o el espejo que duplica el cerebro? La clave de ejecución de cada uno de sus textos reside en la pérdida del ideal de la certeza. En cualquier ámbito que pueda explorar la conciencia. Opta entonces por hacer ruido y escucharlo, hacer ritmo con desenvoltura para rechazar el cierre. El poema como hueco que la realidad va penetrando. La tentación del desarrollo: «Hablaba de ese merodeo, que no siempre es dilatorio / sino más bien acechante, como ir poniendo / marcas en el suelo que luego se desvanecen / pero dejan atisbar por un momento la razón del viaje».

Otra de las sorpresas que nos encontramos en *Libro segundo* es el cúmulo de voces diferentes que ofrecen testimonio de su existencia en directo, todas ellas autónomas, sin plegarse a los filtros incoloros de una voz sagrada. El conjunto gana con ello un considerable efecto dramático que resulta inusual en los libros de poesía. Digamos que dicho efecto da vida donde sólo suele haber imagen. Resueltas como monólogos interiores, a veces se cruzan entre ellas como falso diálogo (o no tan falso), cabalgan libres por las praderas salpicadas



Ediciones Trea, 2011, 85 pp., 12 €

de las secreciones de los diarios o se expresan en voz alta en un lugar indeterminado de la historia. Todas ellas arremeten contra una concepción lineal del proceso de vivir la vida, porque probablemente los seres humanos seamos las únicas criaturas que pueden tener recuerdos de cosas que jamás han sucedido. El color reemplaza entonces a los contornos. Universos en expansión: «Trace un plano de ciudad / o diseñe un jardín donde ahora sólo hay / basura que se cuece al sol, veo siempre un afuera / merodeando, y a él me remito; / a él me someto voluntariamente sin temor a la absorción. / Si acaso, temo ser tan permeable que no pueda recuperar luego / los jirones deshilachados de mi persona, puestos a secar / tras ser pescados, por el cotejo de los motivos / al que la mente propende indiscriminadamente».

El proceso de decir

Insertado como el libro anterior en la «poética de la indeterminación», *Libro segundo* ejecuta de nuevo por acumulación magmática la necesidad de mantener el apetito conceptual con vívidas experiencias concretas. Pero va más allá en este caso, abre distancia con los referentes cercanos que entonces eran John Ashbery o Jorie Graham para tomar como modelo el proceso de ejecución de los improvisadores de jazz. Se dan cita en el libro de manera explícita músicos como Alan Skidmore, Pete Townshend o Robert Wyatt. Hay una intención de amoldar ese proceso musical a la propia escritura, desde un punto de vista rítmico y, sobre todo, conceptual. Hay una tentación del desarrollo de la melodía a través del campo semántico, pero manteniendo la disciplina de los cambios de acordes a base de todo tipo de síncopas y amalgamas.

Todo ello sería suficiente para aplaudir al final el riesgo de un experimento que no resulta gratuito, ni narcisista, que aspira a construir, a fundar, como se dice en la contra, sin traicionar las premisas de partida. Al menos por lo que aporta de diferencia en una poesía española, la actual, a veces de gran valor estético, pero que adolece excesivamente de narcisismo, de reconstrucción del yo en forma de texto que lo vuelva trascendente. Alguien dice en *Libro segundo:* «Salid de vuestro sueño paradójico, / sueño que no busca mundos, sino espejos / para así poder perpetuar el sueño». Luis Muñiz está a otra cosa, está en un afuera, merodeando, y a él se somete voluntariamente sin temor a ser succionado. Su escritura se abre al mundo real, ese que percibimos todos los días y decidimos nombrarlo como tal, consciente de las limitaciones que supone el intento de abarcar la complejidad de sus triquiñuelas. «Virtud del capitalismo» o «El enfriamiento de la economía», poemas que cierran el libro, son un buen ejemplo de ello. Abundan las citas en ambos poemas, también a lo largo y ancho del libro, pero insertadas en el texto como piezas articulatorias de un discurso bien documentado y mejor pensado, fruto de una mente laminar, que a veces se asume espesa, a veces rasa, limitada, siempre vulnerable, pero siempre expuesta. No obstante, nada de ello estorba, más bien enriquece, a la lucidez de quien toma partido con argumentos, exponiendo la crudeza de los hechos, de las cifras, de las cocinas con escasez de comida. Hay en estos dos poemas una forma de ver el mundo y una forma concisa de interpretar la economía que lo mueve. ¿Dónde queda la poesía? En el mismo sitio que en poemas anteriores: en el proceso de decir. Es cuestión de encontrar las manzanas.

Luis Muñiz, con el montante de los dos libros publicados hasta el momento, me parece el poeta de mayor registro, amplitud de miras y solvencia con que cuenta actualmente la poesía española. Esto no es un *ranking,* pero a veces, muy pocas veces, merece la pena decir algo así porque, a base de variaciones sobre el mismo poema, más de uno se lleva el gato al agua con ratón y en secano. ■

HUBO AVISOS
pero en las termas del Gran Hotel Las Caldas
nosotros no los vimos.
Estábamos envueltos en vapor, sudando
agradablemente, sudando
y en la cena dejamos los cubiertos como manda Felio:
boca abajo, cruzados sobre el plato, perpendiculares
al cuerpo del comensal.
La subida desbocada del paro
desborda el cálculo del Gobierno
Casi 200.000 nuevos parados, solo en enero.
Piensa ahora en la *chaise longue* y el vestidor
el chorro de agua que te alivia
el dolor en los trapecios
y piensa en la casa de buena piedra
que nadie puede tener
with usura
en esta nueva etapa de crisis global:
dinero que no fluye por las arterias del sistema
hacia las familias y las pymes, el 80% de ellas
ya sufren problemas de financiación.
Son bancos privados, libres de prestar su dinero
ahora
solo en caso de probada solvencia: fueron
los insolventes
los causantes del descalabro:
—año 2001
—tipos de interés al 1%
—los bancos hacen poco negocio
—prestan dinero a los *ninjas*
tanto
que se quedan sin dinero
—buscan más por el mundo
titulizando las hipotecas
mezclando en el mismo
paquetito
buenas, malas y *subprimes*
La porquería, pues, se extendió por el mundo
y con ella flotando y cada boca airada que profiere
insultos contra ella («miasmas», dijo Chávez)
nos damos a diario cautas raciones de optimismo
para volver
a la economía real.
¿Qué pueda ser eso? ¿Las cuentas que hacemos
ya casi de madrugada, la previsión del gasto contando
solo con un sueldo? «Esta crisis (dice Abadía)
nos hará volver poco a poco, y a bofetadas
a la austeridad normal».
Las empresas y familias
en suspensión de pagos
se triplican en 2008 hasta las 2.902
Si hemos de volver, será que algún día (sueño)
volveré a tapar a las niñas sin buscar
en su plácido rostro
la fuerza que no encuentro en mí
la fuerza para espantar los miedos irracionales
y estos otros (nuevos) extrañamente dependientes de los números.
Leo en mi cerebro, como leo en el exterior
en busca de señales de que todo
(paro, déficit público
cotizaciones
arcanos ahora convertidos
en balizas sin desentrañar)
empieza otra vez a irradiar energía. Sin embargo
lo único seguro es este invierno a modo de cortina
el nuevo temporal de viento que se anuncia
la patronal ve
«absolutamente
necesario»
abaratar el despido
y yo, que me percibo a salvo cuando frecuento
la zona de refrigerados, y me satisface comprar
y deambular con el carrito, y retroceder para comparar precios
mientras la cápsula brillantemente iluminada
que me aísla, su halo de energía, protector e inagotable
empasta con un ruido sordo y multiforme, que ahuyenta mi
[aprensión.

Aunque te dé vergüenza, te calma, te calma,y en cuanto percibes el olor, te sientes seguro: compras, luego no mueres, quieres tener más (quizá otra baliza). Lo peor, el hilo musicaly el ascensor para bajar hasta el sótano-garaje.Lo mejor, siempre, la costra de aceite perfumado que lo recubre todo, la grasa invisible que flota sobre todas las

UN POEMA: «EL ENFRIAMIENTO DE LA ECONOMÍA»

cosas y las penetra, las vuelve homogéneas, como si todo fuera un mismo cuerpo identificable por distintos olorespero con una única fuente de emanación,imposible de localizar porque está (o así lo parece) oculta.

«Adelgazar el Estado
del bienestar» no funciona
es decir, que es preciso intervenir el cuerpo
para que pueda recuperar:
a) su venero
b) su capacidad de borrar los estigmas
pero
la imagen de las niñas jugando
ofrecida a través del cristal—
era como sentirlas hijas de otro: trenes y bloques de madera
de vivos colores, y la mirada absorta en algún mundo
de su completa invención.
Tarde de sábado en busca de chollos: ropitas
caras de repente baratas, como antes caros
y ahora baratos son los pisos que muchos desesperan
ya de vender, aunque esto influye de tal modo
en el colapso del mercado inmobiliario
que es fácil ver en la crisis el paradigma de la entropía:
no son víctimas los que no pueden comprar, sino
los que no pueden deshacerse de sus magras propiedades
que les ahogan con sus hipotecas.
La segunda economía mundial
se desploma un 12,7%
Japón sufre el frenazo del consumo, acumula
su tercer trimestre a la baja.
El dato no puede ser más alarmante
dada la alta tasa de suicidios y el creciente
número de jóvenes nipones que se aíslan, hipersensibles
príncipes y princesas *del guisante*.
Miho: «Todo es blanco
inmensamente
blanco»
O:
Toshiko: «Solo
puedo pegar
a la pared
romper
platos
quemarme
la piel»
Testimonios así proliferan
y asesinatos, violaciones, brotes psicóticos
enfermedades autogeneradas por la obsesión de la salud.
Divertículos, fondos de saco
la necesidad de apartar de la mente las razones
de este magma de incompetencia e incertidumbre
cuna de rebeliones sociales que dibuja, otra vez
un paisaje de grisura y decepción thatcherianas.
Entonces
llegué a identificarme
plenamente con aquella música oscura, que te aniquilaba
mientras te hacía crecer, solo que eso no lo sabías
y para encajar aún más en aquel arquetipo, para
dolerme a todo volumen, en plena calle pero en silencio
vestía de negro, me envolvía en mis ropajes aislantes
levantaba muros de agresiva displicencia. Pero
todo era en vano: cuanto más remiso me volvía al contacto
más apremiante se hacía el anhelo de tocar
y ser tocado, yerto como estaba mi cuerpo, impedido
para dar y recibir calor.

Averiguar por qué las cosas parecen ir de la mano pero se resisten a mostrarse como son; por qué lo que está íntimamente relacionado (la Bolsa y la histeria, pongo por caso, o las manzanas y la preservación del organismo) es mostrado siempre por partes, troceado, en vez de sumando esfuerzos, echando chispas en pos de un meta común, la meta con menos visos de poder alcanzarse.

El paro subió en febrero
en 154.058 personas

Elegir entre la arena y la piedra (dice Obama)
para reconstruir nuestra economía.
«Debemos erigir nuestra casa en una roca
no en ese mismo montón de arena», en referencia a:
para prevenir contra:
los motores de crecimiento que después devienen
burbujas, y explotan. Ídolos de barro y becerros de oro
al pie de montes de los que nadie baja ya
con reglas incontestables. El día a día
no da para dictar normas, pues las que se dictan
quedan fulminadas al punto por los vaticinios
y la espiral de proyecciones, y en esto una cifra de paro
cobra vida de repente, se hace carne, echa brazos y piernas
y la estadística enhebra una curva chirriante
en cumplimiento de una trayectoria distinta: humana
con golpes y caídas y círculos viciosos que degeneran
en una tormenta de recurrencias.
«Donde nada puedas
no desees nada»
recuerdo que dice Geulincx
el día en que la EPA («mazazo»)
marca por fin el récord histórico de los 4 millones.
Pero hay medidas, se han tomado medidas
las mismas medidas en todo el mundo
y no desear parece una condena demasiado dura
incluso si la mejora consiste en ignorar
la-luz-al-final-del-túnel del Gobierno
tanto como
las admoniciones de empresarios y financieros.
Tierra de nadie, pues, y, como siempre
pensando cada problema que se resiste a encajar
en el paradigma ideológico;
viendo su comportamiento anómalo, transfronterizo
como síntoma de salud democrática
no como enfermedad carencial del pensamiento.
La principal vitamina de las ideas
es la voluntad de entender el problema
padeciéndolo
no el deseo de reducirlo para hallar una solución.
En ruta, entonces, en tránsito *hacia*;
o sin dirección, sin meta, pero en movimiento
con calas y altos, y avances y retrocesos
y esa pugna con lo que te rodea y lo que te imaginas
que te rodea, que hoy son datos y mañana
sabe Dios qué ópticas que diverjan o converjan
con la tuya, a su vez diversa y arracimada
tan dependiente de la inestabilidad atmosférica.
«Lo más duro
de la crisis
ha pasado ya»
dice Zapatero en junio
pero puede que por el camino nos hayamos dejado
también a la clase media, la que sustenta el consumo.
Por primera vez desde el final
de la segunda Gran Guerra
una generación de jóvenes vivirá peor que sus padres.
Por más formación que atesoren
ya no tienen ambiciones de medrar
y se han hecho a su condición de mileuristas
comprando en tiendas de *low-cost* y de Internet.
En cambio, el que dicen que es
el verdadero rostro de la sociedad occidental
el que distingue los estados desarrollados del resto
la antaño llamada, despectivamente
«clase social de tenderos», tiene los días contados.
Gaggi y Narduzzi pronostican
un nuevo sistema social polarizado
con una clase tecnócrata reducida y rica en un extremo
y en el otro un magma social indefinido
en el que se confunden las antiguas clases media y baja.
Santiago Niño: «La ideología
prácticamente ha muerto», la caída del Muro marca
el principio del fin del Estado del bienestar:
el capitalismo veinte años ya sin enemigo.
La nueva *clase de la masa*
oportunista
consumista
sin proyectos a largo plazo
no quiere impuestos elevados para contener
a la clase obrera, aunque está dispuesta a intercambiar
mayor bienestar por menos democracia
entre copas y risas por las putas de Silvio
y las muecas de Nicolas.

De la política-espectáculo a las interioridades de los políticos. El político por dentro, su vida familiar, eso se nos muestra: ventana abierta a la opacidad de su gestión. Lo privado del político como coartada para justificar su ausencia de lo público, su enorme inquina contra los asuntos del común, que expresa (maravilla) con palabras que se entienden, y modos y gestos que tenemos en usufructo de nuestros antepasados paganos, los del ojo azul claro y el cerebro estrecho, amantes de la pereza y de la mentira.

Un año ya de esto
un año desde la foto de los banqueros deprimidos
llevándose sus pertenencias en cajas de cartón.
Tres meses preparándote, con el runrún
y el creciente interés por las estadísticas (nueva voz
del cuidado), y luego otros nueve anotando titulares
y declaraciones de políticos pero
afásico pese a todo, traduciendo el impacto de la crisis
a sus meras consecuencias psicológicas
y lingüísticas, sin poder bordear siquiera
el margen de la explicación. Si tienes que elegir
entre Tom Joad y Richard Fuld
si te rindes al periodismo barato y los comparas
no hay duda: tienes que elegir a Fuld
miembro destacado de la *banda del corcho*:
ellos flotan aunque tú te hundas.
Sin embargo, si no tuvieras que elegir
si solo los tuvieras delante de ti, aunque sin atreverte a mirarlos
y en vez de a Tom vieras a Richard en esa carretera de Oklahoma
por el rabillo del ojo, entonces
qué
QUÉ
no tienes idea de hacia dónde fluye todo esto, no sabes
siquiera si fluye como acostumbra a hacerlo
cuando todo lo que te preocupa es el movimiento
no quedarte parado, ir hacia algún sitio.
Al principio era el vértigo de combinar interiores
tus interiores de siempre
con los recortes procedentes del exterior, pero
no puedes mantenerte inactivo por más tiempo en este fondo
estéril
en esta cámara de enfriamiento de las hipótesis.
Ya has escrito
todo lo que había que poner por escrito
y lo que dices y lo que no dices
está contaminado por la misma jerga incontaminada
limpia, huera, consumida de poder
y el lenguaje nuevo no llega con los nuevos materiales
y al instante la excitación desaparece.
Y, sin embargo, el método y el asunto son los adecuados.
Estás (estamos) ante un fracaso de la percepción:
hay ideas, hay formas desnudas que nos invitan a solazarnos
en el fracaso, y ves una playa apocalíptica
un aire espeso de ceniza
un barco varado
pero no ves una meta que el mero hecho de pensar
pueda poner más cerca de tu deseo
tu aterido deseo de contar.
No has querido decir, sino dar pormenores y detalles minúsculos
pues la habitual inmersión en el cerebro
y el descubrimiento de sus mecanismos
se te quedaban cortos. De un salto
has querido plantarte en la épica para saber
no cómo se fundan ciudades y sistemas políticos
sino cómo sobreviven los Sapiens sapiens
en la era del Homo tecnologicus:
débiles paradigmas por todas partes
ganga informativa que no puedes
ni sabes digerir
(pese a que bregas con ella todos los días)
y la persistencia de lo mismo
a través de lo constantemente dispar.
En esa condenada fluencia te has bañado durante meses
dejando que luego se te escurriera del cuerpo
y no prendieran en la piel más que gotitas.
Y lo que has pensado lo has escrito para acercarte
a lo que deberías decir
intentando que no quedara maltrecha tu capacidad
de ser conmovido, que el peso de la realidad no se impusiera
como acostumbra, al de lo real; la construcción ideológica
a la de la vida, siempre esperando que una pasión
(de conocer, de sentir) se apodere de ella
para mostrar las cosas como son.
O como pudieran haber sido:
lo real puede ser algo que incluso no lo sea
un cambio, por ejemplo, percibido como real
como posible, que luego se malogra.
No lo has conseguido, y cuando lo repasas
no oyes la voz más que a intervalos
como filtrada a través de un grueso parche húmedo
y parco en vibraciones. Y lo que resuenan
son golpes que te llegan de una realidad alternativa
una realidad casi laminada por la otra
la que se enseñorea visiblemente de todo
pasto ya de su ardiente ceguera.

La pasada primavera, la serie ***Juego de tronos*** cuajaba en convincentes imágenes televisivas las imágenes mentales que ***Canción de hielo y fuego***, la más sobresaliente y exitosa saga de fantasía épica escrita desde *El Señor de los Anillos,* había suscitado a lo largo de sus cuatro tomos en millones de seguidores en todo el mundo. También propagaba aún más su multitudinario culto. Hasta ese momento, buena parte del modo en que los lectores españoles imaginaban el vasto, complejo y muy verosímil universo creado por George R. R. Martin tenía que ver con el esfuerzo de dos personas: en lo lingüístico, el titánico trabajo de su traductora, la madrileña **Cristina Macía**; en lo icónico, del ilustrador vallisoletano **Enrique Jiménez Corominas**, autor de las portadas (tres de las cuales ilustran las páginas siguientes) y de un abundante material gráfico en torno a Poniente, Essos y sus habitantes. El vínculo asturiano del escritor norteamericano, que se anudó en dos sonadas y gozosas visitas a la Semana Negra de Gijón (y que podría añadir otro nudo el año que viene, si «el Invierno» no acaba con el festival), se refuerza ahora por una feliz coincidencia: tanto Macía como Corominas residen en Asturias. Desde sus ventanas asturianas al mundo de Martin, y por cortesía de la editorial Gigamesh, ambos adelantan para EL CUADERNO un vistazo a lo que traerá, seguramente hacia el verano próximo, la versión española de ***A Dance with Dragons***, quinta entrega del ciclo y recientemente publicada en inglés: un capítulo completo y una portada exclusiva con la reina Daenerys Targaryen y sus dragones como protagonistas. El quinto tomo de la mayúscula novela río de George R. R. Martin reaviva la saga coincidiendo con el éxito de su adaptación televisiva.

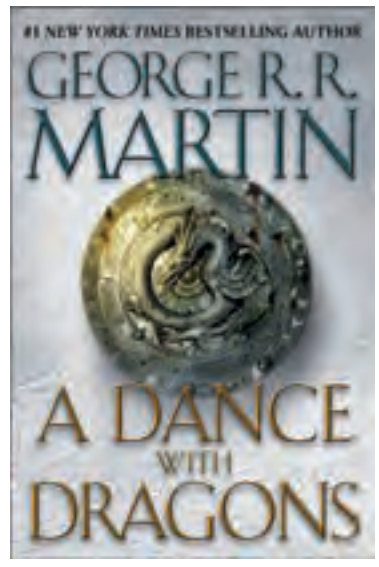
El carisma de unos dragones

EL QUINTO TOMO DE LA MAYÚSCULA NOVELA RÍO DE GEORGE R. R. MARTIN REAVIVA LA SAGA COINCIDIENDO CON EL ÉXITO DE SU ADAPTACIÓN TELEVISIVA

CARLOS VARA SÁNCHEZ

Una saga proyectada en tres volúmenes, que por el camino se extiende a siete y que en cada una de sus, por el momento, cinco entregas publicadas ronda —si no sobrepasa— las mil páginas, y cuya ambientación ha sido catalogada de «medieval-fantástica». Eso eran las novelas del ciclo ***Canción de hielo y fuego,*** creado por George R. R. Martin, para los que se asomaban al contenido de la portada o a la contemplación de sus intimidantes lomos. Recientemente, algunos de estos ojeadores y otros totalmente ajenos a su existencia han sufrido una iluminación digna de Saulo. Esto se debe a que el primer volumen de la obra, ***Juego de tronos,*** ha sido debidamente troceado, cocinado y presentado en los diez magníficos capítulos de televisión que conforman la primera temporada de la serie homónima, una de las más destacadas creaciones del todopoderoso canal norteamericano HBO. Así, liberados de tinta y papel, Tyrion Lannister, Neddard Stark o Danaerys Targaryen han resultado tan inmediatamente fascinantes como lo habían sido para la imaginación de aquellos que habíamos ido a buscarlos a la fuente escrita.

La característica más definitoria del ciclo que está pariendo Martin es, sin duda, su enorme capacidad de involucrar al lector. Lejos de ser vacuo entretenimiento, su gran pulso narrativo es capaz de sorprender y emocionar, de oscilar entre la comicidad y el lacerante drama sin tener que recurrir a trucos de prestidigitador. El resultado es que se hace imposible resistir el impulso de continuar una página, un capítulo, un libro más. Bajo la a menudo despreciativa etiqueta de *literatura fantástica* —la cual el autor siempre se ha encargado de matizar como «adulta»— yace una historia absolutamente viva. Nos encontramos una infinidad de personajes que defienden lo que quieren —o lo que deben querer—, poniendo en liza vidas y reinos por agravios y deseos reflejados con una humanidad que nos deja desarbolados. Empatizamos con ellos, entregados a sus constantes juegos de poder en un mundo en el que el maniqueísmo ha sido abolido, las batallas son sangrientas, el hambre mata, el muy presente sexo no siempre es caballeroso y los silencios desencadenan guerras. La fantasía en la saga, si bien va ganando protagonismo, siempre es un reducto lindante con lo desconocido, nunca explícito, siempre un poder más en la sombra que mera retórica hambrienta de asombro.



A Song of Ice and Fire 5. A Dance with Dragons
GEORGE R. R. MARTIN
Bantam Books, 2011, 1.040 pp., 35 $

Aunque la serie televisiva tuvo que enfrentarse al escrutinio de su legión de seguidores, *Juego de tronos* ha resultado victoriosa. El muy poderoso reparto, encabezado por Sean Bean y el recientemente premiado con un Emmy Peter Dinklage, junto al cuidado mostrado en todos los aspectos de la producción, ha provocado que su visionado haya sido tan intenso para los recién llegados como para los previos conocedores. En un clima de pasión hacia los designios de la casa Stark o de los Lannister, aconteció la publicación en territorio yanqui del quinto volumen de la saga el pasado mes de julio, tras seis eternos años desde la anterior, y ligeramente decepcionante, entrega.

Las aventuras de los personajes fueron ansiosamente recibidas, permaneciendo varias semanas como el libro más vendido en Estados Unidos; y es que, por fin, recuperamos tanto las historias más allá del mar Angosto como las del Muro. Danaerys se ve obligada a ser más política y astuta, todo ello teniendo que lidiar con sus cada vez más crecidos dragones y con una variopinta corte de pretendientes en pos de su mano y el reino que ella conlleva. Tyrion vuelve a necesitar de todo su ingenio para poder seguir vivo durante la huída derivada de sus «problemas» familiares. ¿Y qué decir de Jon Nieve, un salvaje para la Guardia de la Noche y un cuervo para los salvajes? Tampoco es más estable el triángulo político-religioso establecido entre Stannis, Melisandre y el siempre fiel a su rey Davos. Como contrapartida, por cuestiones prácticas, algunos personajes apenas tienen páginas, como Arya Stark o Jaime Lannister, y alguno directamente está ausente —¿qué seguirá tramando Meñique?—, pero esto se ve compensado de sobra con alguna que otra reaparición inesperada que complementa los mencionados retornos.

El discurrir de la historia y el modo en que las decisiones pesan sobre sus ejecutores son brillantes, pero Martin opta por alejarse de la épica

Sin adentrarnos en más detalles puntuales de la trama, hay que decir que, aunque el pulso narrativo remonta respecto a la anterior entrega, el libro adolece de cierta irregularidad. Uno no puede evitar sentir que la parte central funcionaría mejor adecuadamente podada. La capacidad de Martin para hacernos sentir el discurrir de la historia y el modo en que las decisiones pesan inextirpables sobre sus ejecutores es brillante, pero en este libro el autor opta por alejarse de la épica tan presente en otros volúmenes. Se tiene la sensación de estar constantemente en un periodo de transición hacia lo que ha de acontecer. La narración se centra más en lo personal, en las motivaciones y en actos puntuales cuyas consecuencias apenas en las páginas finales comienzan a atisbarse. Esto es coherente con el proceder del escritor, el cual —valientemente— siempre ha huido de reiteraciones episódicas, abogando por la continuidad de la narración, sin miedo a tener que abarcar con ello un volumen descomunal de personajes, lugares y batallas. Si el precio que se ha de pagar es el de quedarse siempre con ganas de más, se acepta gustosamente, pues si esta voracidad sigue tras las más de seis mil páginas acumuladas, es porque la poderosa historia de Martin mantiene su potente rugido. ■

DAENERYS

Oyó al muerto que subía por las escaleras. Lo precedía el sonido lento y acompasado de las pisadas que resonaban entre las columnas violáceas del vestíbulo. Daenerys Targaryen lo aguardaba sentada en el banco de ébano que había designado como trono. Tenía los ojos cargados de sueño, y la melena de oro y plata, revuelta.

—No hace falta que veáis esto, Alteza —dijo Ser Barristan Selmy, Lord Comandante de la Guardia de la Reina.

—Ha muerto por mí.

Dany se apretó la piel de león contra el pecho. Debajo sólo llevaba una túnica de lino blanco que le llegaba hasta medio muslo. Cuando Missandei la despertó, estaba soñando con una casa que tenía una puerta roja. No había tenido tiempo de vestirse.

—*Khaleesi* —le susurró Irri—, no toquéis al muerto. Tocar a los muertos trae mala suerte.

—A no ser que los haya matado uno mismo. —Jhiqui era de constitución más corpulenta que Irri; tenía las caderas anchas y los pechos generosos—. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Irri.

En cuestión de caballos, los dothrakis no tenían rival, pero en otros temas podían llegar a ser completos idiotas. «Además, no son más que unas niñas.» Sus doncellas tenían su misma edad; parecían mujeres adultas, con melena negra, piel cobriza y ojos rasgados, pero en el fondo no eran más que chiquillas. Se las habían regalado cuando se casó con Khal Drogo, y el propio Drogo fue quien le regaló la piel que vestía, la cabeza y el cuero de un *hrakkar,* el león blanco del mar dothraki. Le quedaba demasiado grande y olía a moho, pero la hacía sentir como si su sol y estrellas estuviera aún a su lado.

Gusano Gris fue el primero en llegar por las escaleras, con una tea en la mano. Tres púas remataban su casco de bronce. Lo seguían cuatro Inmaculados, que llevaban sobre los hombros al muerto. Los cascos de éstos sólo lucían una púa, y tenían los rostros tan inexpresivos que parecían también repujados en bronce. Depositaron el cadáver a sus pies. Ser Barristan retiró la mortaja ensangrentada y Gusano Gris bajó la tea para que lo pudiera ver.

El rostro del muerto era suave y lampiño, aunque le habían rajado las mejillas de oreja a oreja. En vida había sido alto, con los ojos azules y la piel clara. «Debió de nacer en Lys o en Volantis; seguro que unos corsarios lo sacaron por la fuerza de algún barco y lo vendieron como esclavo en Astapor.» Tenía los ojos abiertos, pero eran sus heridas las que lloraban. Y las heridas eran incontables.

—Alteza —empezó Ser Barristan—, en los muros del callejón donde lo encontramos había una arpía dibujada...

—...con su sangre. —Para entonces Daenerys ya se lo sabía de memoria. Los Hijos de la Arpía asesinaban de noche, y dejaban su marca junto a cada muerto—. ¿Por qué estaba solo este hombre, Gusano Gris? ¿No tenía compañero? —Había dado orden de que los Inmaculados que recorrieran las calles de Meereen de noche fueran siempre por parejas.

—Mi reina —respondió el capitán—, vuestro siervo Escudo Fornido no estaba de servicio anoche. Había ido a... cierto lugar... a beber y a buscar compañía.

—¿Qué quiere decir eso de «cierto lugar»?

—Una casa de placer, Alteza.

«Un burdel.» La mitad de sus libertos procedía de Yunkai, donde los Sabios Amos eran famosos por el entrenamiento que proporcionaban a los esclavos de cama. «El camino de los siete suspiros.» Los burdeles habían brotado como hongos por todo Meereen. «No saben hacer otra cosa. Tienen que sobrevivir.» La comida era cada día más cara, y la carne humana más barata. Sabía que en los barrios más pobres, entre las pirámides escalonadas de la nobleza esclavista, había burdeles para satisfacer cualquier gusto erótico imaginable. «Pero...»

—¿Qué buscaba un eunuco en un burdel?

—Hasta aquellos que no tienen las partes del hombre pueden tener el corazón del hombre, Alteza —respondió Gusano Gris—. Uno ha averiguado que vuestro siervo Escudo Fornido tenía por costumbre pagar a las mujeres de los burdeles para que se tendieran a su lado y lo abrazaran.

«La sangre del dragón no llora.»

—Escudo Fornido. —Tenía los ojos secos—. ¿Se llamaba así?

—Si a Su Alteza le place.

—Es un buen nombre. —Los Bondadosos Amos de Astapor no permitían que sus soldados esclavos tuvieran nada, ni siquiera nombres. Después de que los liberase, algunos de sus Inmaculados habían vuelto a adoptar el nombre que les pusieron al nacer, y otros habían elegido uno nuevo—. ¿Se sabe cuántos hombres atacaron a Escudo Fornido?

—Uno lo ignora. Muchos.

—Seis o más —intervino Ser Barristan—. Por el aspecto de las heridas, cayeron sobre él desde todos lados. Cuando lo encontraron, no tenía la espada, sólo la vaina. Es posible que hiriera a alguno de los atacantes.

Dany rezó en silencio por que uno de ellos estuviera agonizando en aquel momento, sujetándose el vientre y retorciéndose de dolor.

—¿Por qué le han cortado así las mejillas?

—Graciosa majestad —dijo Gusano Gris—, los asesinos le habían metido a vuestro siervo Escudo Fornido los genitales de una cabra en la garganta. Uno se los quitó antes de traerlo aquí.

«No podían hacerle tragar sus propios genitales; los astapori se los cortaron de raíz.»

—Los Hijos son cada vez más osados —señaló Dany. Hasta aquel momento se habían limitado a atacar a libertos desarmados, emboscándolos en las calles desiertas o irrumpiendo en sus casas amparados por la noche para matarlos mientras dormían—. Es el primer soldado mío que asesinan.

—El primero, pero no el último —le advirtió Ser Barristan.

«Sigo en guerra —comprendió Dany—, sólo que ahora me enfrento a sombras.» Había albergado la esperanza de descansar de tantas matanzas, de tener tiempo para la reconstrucción, para la curación. Se quitó la piel de león, se arrodilló junto al cadáver y le cerró los ojos sin hacer caso del gritito de Jhiqui.

—No olvidaremos a Escudo Fornido. Ordenad que lo laven y lo vistan para la batalla, y enterradlo con el casco, el escudo y las lanzas.

—Se hará como deseáis, Alteza —dijo Gusano Gris.

—Enviad a una docena de hombres al Templo de las Gracias y preguntadles a las Gracias Azules si alguien ha ido a pedir que le curasen una herida de espada. —Dany se levantó—. Haced que corra la voz de que pagaré mucho oro por la espada corta de Escudo Fornido. Interrogad también a los carniceros y a los pastores; averiguad si alguien se ha dedicado últimamente a capar cabras. —Con un poco de suerte, algún cabrero asustado confesaría—. De ahora en adelante no quiero que ninguno de mis hombres se quede a solas en las calles después del anochecer, tanto si está de servicio como si no.

—Unos obedecerán.

—Dad con esos cobardes; hacedlo por mí —ordenó Dany con tono fiero. Se echó el pelo hacia atrás—. Dad con ellos para que les demuestre a los Hijos de la Arpía lo que significa despertar al dragón.

Gusano Gris hizo una reverencia para despedirse. Los Inmaculados volvieron a cubrir el cadáver con la mortaja, lo alzaron sobre sus hombros y lo sacaron de la estancia. Ser Barristan Selmy se quedó allí. Tenía el pelo blanco, y arrugas profundas en las comisuras de los claros ojos azules, pero mantenía la espalda erguida, y los años no le habían arrebatado la habilidad con las armas.

—Alteza —dijo—, mucho me temo que vuestros eunucos no están a la altura de las tareas que les encomendáis.

Dany se sentó en el banco y volvió a cubrirse los hombros con la piel de león.

—Los Inmaculados son mis mejores guerreros.

—Si a Su Alteza no le importa que se lo diga, son soldados, no guerreros. Los hicieron para el campo de batalla, para apuntar hacia delante con las lanzas y resistir hombro con hombro tras los escudos. El entrenamiento los enseña a obedecer a la perfección, sin temer, sin pensar, sin dudar..., no a desentrañar secretos ni a hacer preguntas.

—¿Me resultarían más útiles unos caballeros?

Selmy estaba entrenando caballeros para que la sirvieran: enseñaba a los hijos de los esclavos a luchar con la lanza y la espada al estilo de Poniente... Pero ¿de qué servían las lanzas contra unos cobardes que se refugiaban entre las sombras para asesinar?

—Para esto no —reconoció el anciano—. Además, Su Alteza no tiene más caballeros que yo. Los muchachos tardarán años en estar preparados.

—¿Y a quién voy a utilizar si no es a los Inmaculados? Los dothrakis lo harían aún peor.

Los dothrakis luchaban a caballo, y los jinetes eran más útiles en el campo abierto y en las colinas que en las calles angostas y los callejones de la ciudad. Más allá de las murallas de ladrillos multicolores de Meereen, su autoridad era, en el mejor de los casos, débil. Miles de esclavos seguían afanándose en las vastas fincas de las colinas, donde cultivaban trigo y olivos, pastoreaban ovejas y cabras, y extraían sal y cobre de las minas. En los almacenes de Meereen seguía habiendo cereales, aceite, aceitunas, frutas secas y carne en salazón, pero las reservas eran cada vez más escasas, de manera que Dany había enviado a su menguado *khalasar,* bajo el mando de sus tres jinetes de sangre, para que sojuzgara tierras más distantes, mientras que Ben Plumm el Moreno se había llevado hacia el sur a los Segundos Hijos para defenderse de las incursiones yunkias.

La misión más crucial se la había encomendado a Daario Naharis, el de la lengua de miel, con su diente de oro, su barbita en tres puntas, su sonrisa traviesa bajo los bigotes morados... Más allá de las colinas orientales había una cadena de montañas de arenisca, de cumbres redondeadas; después llegaba el paso Khyzai, y al otro lado estaba Lhazar. Si Daario conseguía convencer a los lhazareenos para reabrir las rutas comerciales sería posible que les llegaran cereales por el río o por las colinas, pero los hombres cordero no albergaban la menor simpatía hacia Meereen.

—Cuando los Cuervos de Tormenta vuelvan de Lhazar pensaré en ponerlos a patrullar las calles *(continúa en página 8)*

(viene de la página 7) —le dijo a Ser Barristan—, pero hasta entonces sólo cuento con los Inmaculados. —Dany se levantó—. Vais a tener que perdonarme, ser —dijo—. Los peticionarios no tardarán en estar ante las puertas. He de ponerme las orejas largas y convertirme otra vez en su reina. Llamad a Reznak y al Cabeza Afeitada; los recibiré en cuanto me vista.

—Como ordene Su Alteza. —Selmy hizo una reverencia.

La Gran Pirámide se alzaba hasta una altura de trescientas varas desde la enorme base cuadrada hasta la elevada cima donde se encontraban las estancias privadas de la reina, rodeadas de follaje verde y estanques aromáticos. El fresco amanecer azul se abría ya sobre la ciudad cuando Dany salió a la amplia terraza. Hacia el oeste, la luz arrancaba destellos de las cúpulas doradas del Templo de las Gracias y proyectaba sombras oscuras tras las pirámides escalonadas de los poderosos.

«En algunas de esas pirámides, los Hijos de la Arpía planean en este momento nuevos asesinatos, y no puedo hacer nada para detenerlos.» *Viserion* percibió su desasosiego. El dragón blanco estaba enroscado a un peral, con la cabeza apoyada en la cola. Cuando Dany pasó junto a él, abrió los ojos, dos estanques de oro fundido. Sus cuernos también eran dorados, al igual que las escamas que le bajaban por el lomo desde la cabeza hasta la cola.

—Eres un perezoso —le dijo al tiempo que lo rascaba bajo la quijada. Las escamas estaban calientes, como una armadura que hubiera quedado demasiado tiempo al sol. «Los dragones son fuego hecho carne.» Lo había leído en uno de los libros que Ser Jorah le diera como regalo de bodas—. ¿Qué haces que no estás cazando con tus hermanos? ¿Es que te has peleado con Drogon otra vez?

Últimamente sus dragones estaban cada vez más indómitos. *Rhaegal* le había lanzado una dentellada a Irri, y *Viserion* le había prendido fuego al *tokar* de Reznak durante la última visita del senescal.

«Los he tenido muy abandonados, pero ¿de dónde voy a sacar tiempo para ellos?»

Viserion dio un coletazo y golpeó el tronco del árbol con tal fuerza que una pera cayó de la rama y rodó hasta los pies de Dany. El dragón desplegó las alas y, en una mezcla de vuelo y salto, se posó en el pretil. «Está creciendo —pensó mientras veía cómo el dragón remontaba el vuelo—. Los tres están creciendo. No tardarán en tener tamaño suficiente para soportar mi peso.» Entonces volaría, igual que había volado Aegon el Conquistador, alto, muy alto, hasta que Meereen fuera apenas una manchita que se pudiera ocultar con el pulgar.

Observó cómo *Viserion* ascendía en círculos cada vez más amplios hasta que se perdió de vista más allá de las aguas turbias del Skahazadhan. Dany volvió al interior de la pirámide, donde Irri y Jhiqui la esperaban para desenredarle la cabellera y vestirla como correspondía a la reina de Meereen, con un *tokar* ghiscario.

Era un atuendo engorroso: una tela larga y suelta que tenía que ponerse en torno a las caderas, bajo un brazo y por encima de un hombro, con los flecos colgantes dispuestos en esmeradas capas. Si no se lo apretaba suficiente, se le caería; si se lo apretaba demasiado, se arrugaría y la haría tropezar. Incluso bien puesto el *tokar,* era imprescindible mantenerlo en su sitio con la mano izquierda. Caminar así vestida la obligaba a dar pasos cortos y remilgados, con un equilibrio exquisito, para no enredarse los pies con los pesados flecos. No era atuendo para nadie que tuviera que trabajar: el *tokar* era la vestimenta de los amos, y lucirlo se consideraba señal de poder y riqueza.

Tras la toma de Meereen, Dany quiso prohibir el *tokar,* pero el consejo la disuadió.

—La Madre de Dragones tiene que vestir el *tokar* o se granjeará el odio eterno de sus súbditos —le advirtió la Gracia Verde, Galazza Galare—. Con las prendas de lana de Poniente o con una túnica de encaje myriense, Su Esplendor será siempre una forastera entre nosotros, una extranjera grotesca, una bárbara conquistadora. La reina de Meereen tiene que ser una dama del Antiguo Ghis.

Ben Plumm el Moreno, el capitán de los Segundos Hijos, lo había expresado de manera más sucinta.

—Para ser el rey de los conejos hay que ponerse unas orejas largas.

Las orejas largas que vistió aquel día eran de puro lino blanco con un ribete de flecos rematados en borlas doradas. Con la ayuda de Jhiqui consiguió envolverse correctamente en el *tokar* al tercer intento. Irri le llevó la corona, forjada con la forma del dragón tricéfalo de su Casa. El cuerpo era de oro; las alas, de plata, y las tres cabezas, de marfil, ónice y jade. Antes de que terminara la jornada, su peso le dejaría los hombros rígidos y doloridos. «La corona no debe ser cómoda», había dicho uno de sus antepasados.

«Un Aegon, seguro, pero ¿cuál?»

Cinco Aegons habían gobernado los Siete Reinos de Poniente, y habría habido un sexto si los perros del Usurpador no hubieran asesinado al hijo de su hermano cuando no era más que un niño de pecho. «Si hubiera vivido, tal vez me habría casado con él. Aegon era más o menos de mi edad, no como Viserys.» La madre de Dany apenas la había concebido cuando Aegon y su hermana fueron asesinados. El padre de ambos y hermano de Dany, Rhaegar, había muerto antes, a manos del Usurpador, en el Tridente. Su otro hermano, Viserys, había muerto entre aullidos en Vaes Dothrak, con una corona de oro fundido en la cabeza. «Y también me matarán a mí si lo permito. Los cuchillos que acabaron con mi Escudo Fornido iban dirigidos a mi corazón.»

No había olvidado a los niños esclavos que los Grandes Amos habían clavado a lo largo del camino de Yunkai. Los había contado: ciento sesenta y tres, un niño cada legua, clavados a los mojones con un brazo extendido para señalarle el camino. Tras la caída de Meereen, Dany había clavado al mismo número de Grandes Amos. Enjambres de moscas los acompañaron durante la lenta agonía, y el hedor tardó mucho en desaparecer de la plaza. Pero, en ciertas ocasiones, tenía la sensación de que no había dejado clara su posición. Los meereenos eran un pueblo artero y testarudo, y se le oponían a cada paso. Habían liberado a los esclavos, sí, pero sólo para volver a contratarlos como siervos con salarios tan escasos que muchos no se podían pagar ni la comida. Los libertos que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para resultar útiles habían quedado en las calles, al igual que los enfermos y los tullidos. Y, aun así, los Grandes Amos se reunían en sus pirámides para quejarse porque la reina dragón había llenado las calles de tan noble ciudad de hordas de mendigos, ladrones y prostitutas.

«Para reinar en Meereen tengo que ganarme a los meereenos, por mucho que los desprecie.»

—Ya estoy preparada —le dijo a Irri.

Reznak y Skahaz aguardaban ante las escaleras de mármol.

—Oh, gran reina —declamó Reznak mo Reznak—, hoy estáis tan radiante que temo miraros.

El senescal vestía un *tokar* de seda marrón con flecos dorados. Era un hombre menudo y pringoso que olía como si se bañara en perfume y hablaba un mal dialecto de alto

© ENRIQUE JIMÉNEZ COROMINAS

valyrio, muy corrompido y maltratado por el ronco gruñido ghiscari.

—Sois muy amable —respondió Dany en el mismo idioma.

—Mi reina —gruñó Skahaz mo Kandaq, el de la cabeza afeitada. El cabello ghiscari era espeso y fuerte; durante mucho tiempo, la moda había impuesto que los hombres de las ciudades esclavistas se lo peinaran en forma de cuernos, de púas o de alas. Al rasurarse, Skahaz había dejado atrás al antiguo Meereen para aceptar el nuevo. Sus familiares hicieron lo mismo siguiendo su ejemplo. Otros los imitaron, aunque Dany no habría sabido decir si fue por miedo, por moda o por ambición. Los llamaban *cabezas afeitadas*. Skahaz era el Cabeza Afeitada... y, para los Hijos de la Arpía y los de su calaña, era también el peor de los traidores—. Nos hemos enterado de lo del eunuco.

—Se llamaba Escudo Fornido.

—Si no se castiga a los asesinos, habrá muchos más crímenes.

Hasta con la cabeza rasurada, el rostro de Skahaz era repulsivo: ceño protuberante; ojos diminutos con gruesas ojeras; nariz grande llena de puntos negros; piel grasienta, más amarilla aún que el tono ámbar habitual en los ghiscari... Era un rostro tosco, brutal, airado. La única esperanza que le cabía a Dany era que fuera, además, un rostro sincero.

—¿Cómo puedo castigarlos si no sé quiénes son? —le replicó—. Decidme eso, valeroso Skahaz.

—Enemigos no os faltan, Alteza. Desde vuestra terraza se ven sus pirámides. Zhak, Hazkar, Ghazeen, Merreq, Loraq... Todas las antiguas familias de esclavistas. La familia Pahl es la peor. Ahora es una casa de mujeres, de mujeres viejas y amargadas que quieren sangre. Las mujeres no olvidan. Las mujeres no perdonan.

«No —pensó Dany—, y los perros del Usurpador lo descubrirán cuando vuelva a Poniente.» Pero era verdad que la sangre se interponía entre la casa de Pahl y ella. Belwas el Fuerte había matado a Oznak zo Pahl en combate singular. Su padre, comandante de la guardia de la ciudad, había muerto defendiendo las puertas cuando la Polla de Joso las hizo astillas. Tres de sus tíos habían estado entre los ciento sesenta y tres de la plaza.

—¿Cuánto oro hemos ofrecido por cualquier información sobre los Hijos de la Arpía? —preguntó a Reznak.

—Cien honores, si a Su Esplendor le parece bien.

—Mil honores me parecería mejor. Encargaos de ello.

—Su Alteza no me ha pedido consejo —intervino Skahaz, el Cabeza Afeitada—, pero en mi opinión la sangre se paga con sangre. Elegid a un hombre de cada una de las familias que he nombrado y matadlo. La próxima vez que asesinen a uno de los vuestros, elegid a dos de cada casa importante y matadlos. No habrá un tercer crimen.

—Nooo... —gritó Reznak, horrorizado—. No, bondadosa reina, tamaña crueldad desencadenaría la ira de los dioses. Daremos con los asesinos, os lo prometo, y ya veréis cómo son gentuza de baja ralea, seguro.

El senescal era tan calvo como Skahaz, pero en su caso los culpables eran los dioses. «Si un solo cabello tuviera la insolencia de aparecer, se encontraría a mi barbero con la navaja lista», le había dicho cuando lo eligió. En algunas ocasiones, Dany se preguntaba si no sería mejor utilizar aquella navaja en la garganta de Reznak. Le resultaba útil, pero no le gustaba en absoluto, y desde luego, no confiaba en él. Los Eternos de Qarth le habían dicho que sufriría tres traiciones. Mirri Maz Duur había sido la primera, y Ser Jorah el segundo. ¿Sería Reznak el tercero? ¿O el Cabeza Afeitada? ¿O Daario? «¿O será alguien de quien jamás he sospechado? ¿Ser Barristan? ¿Gusano Gris? ¿Missandei?»

—Os agradezco vuestro consejo, Skahaz —le dijo al Cabeza Afeitada—. Reznak, a ver qué conseguimos con mil honores.

Daenerys se sujetó el *tokar,* pasó ante ellos e inició el descenso por la amplia escalinata de mármol. Iba pasito a pasito, de lo contrario se enredaría con los flecos y caería rodando hasta el patio.

Missandei era la encargada de anunciarla. La pequeña escriba tenía una voz dulce y potente.

—¡De rodillas todos para recibir a Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos y los rhoynar y los primeros hombres, *khaleesi* del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones!

La sala parecía abarrotada. Los Inmaculados estaban firmes, con la espalda contra las columnas, escudos y lanzas en ristre, las púas de los cascos enhiestas como una hilera de cuchillos. Los meereenos se habían agrupado bajo las cristaleras del lado este, y los libertos de Dany, lo más lejos posible de sus antiguos amos.

«Mientras no se mezclen, Meereen no conocerá la paz.»

—Levantaos.

Dany se acomodó en su banco. En la sala, todos se incorporaron. «Mira, al menos una cosa que hacen igual.»

Reznak mo Reznak tenía una lista. La tradición exigía que la reina empezara con el enviado astapori, un antiguo esclavo que se hacía llamar Lord Ghael, aunque nadie sabía de qué era señor.

Lord Ghael tenía los dientes negros y cariados, y el rostro amarillento y afilado de una comadreja. También tenía un regalo.

—Cleon el Grande envía estas zapatillas como prueba de su amor hacia Daenerys de la Tormenta, la Madre de Dragones —anunció.

Irri tomó las zapatillas y se las puso a Dany. Eran de cuero laminado en oro, con adornos de perlas verdes de agua dulce. «¿Acaso cree el Rey Carnicero que conseguirá mi mano a cambio de un par de zapatillas?»

—Qué generoso es el rey Cleon —dijo—. Dadle las gracias por tan hermoso regalo.

«Hermoso, pero de la talla de una niña.» Dany tenía los pies pequeños y, aun así, las puntiagudas zapatillas le apretaban los dedos.

—Cleon el Grande estará satisfecho de que os hayan gustado —dijo Lord Ghael—. Su Magnificencia me ordena deciros que está preparado para defender a la Madre de Dragones de todos sus enemigos.

«Como me vuelva a proponer que me case con Cleon, le tiro una zapatilla a la cabeza», pensó Dany, pero, por una vez, el enviado astapori no mencionó el matrimonio.

—Ha llegado la hora de que Astapor y Meereen pongan fin al cruel dominio de los Sabios Amos de Yunkai, enemigos acérrimos de todos aquellos que viven en libertad. El Gran Cleon me ordena deciros que pronto atacará con sus nuevos Inmaculados.

«Sus nuevos Inmaculados son un chiste obsceno.»

—El rey Cleon haría mejor en cuidar de sus jardines y dejar que los yunkai'i se ocupen de los suyos. —No era que sintiera el menor cariño por Yunkai. Cada día lamentaba más no haber tomado la Ciudad Amarilla después de derrotar a su ejército en el campo de batalla. Los Sabios Amos habían vuelto a capturar esclavos en cuanto les dio la espalda, y estaban muy ocupados recaudando impuestos, contratando mercenarios y pactando *(continúa en página 10)*

(viene de la página 9) alianzas contra ella. Pero Cleon, autodenominado el Grande, no les iba a la zaga. El Rey Carnicero había reinstaurado la esclavitud en Astapor; el único cambio consistía en que los antiguos esclavos eran los amos, y los amos se habían convertido en sus esclavos.

—No soy más que una niña y desconozco el arte de la guerra —dijo a Lord Ghael—, pero se comenta que Astapor se muere de hambre. Que el rey Cleon alimente a su pueblo antes de llevarlo a la batalla.

Hizo un gesto con la mano, y Ghael se retiró.

—Magnificencia —entonó Reznak mo Reznak—, ¿queréis escuchar al noble Hizdahr zo Loraq?

«¿Otra vez?» Dany asintió, e Hizdahr dio unos pasos adelante; era un hombre alto, muy esbelto, con la piel ambarina impoluta. Hizo una reverencia en el mismo lugar donde no tanto antes yaciera muerto Escudo Fornido. «Necesito a este hombre», se tuvo que recordar Dany. Hizdahr era un comerciante adinerado que tenía muchos amigos, tanto en Meereen como al otro lado del mar. Había estado en Volantis, en Lys, en Kart; tenía parientes en Tolos y en Elyria; incluso se decía que contaba con ciertas influencias en el Nuevo Ghis, donde los yunkai'i estaban intentando reavivar la enemistad hacia Dany y su reinado.

Y era rico. Increíble, fabulosamente rico.

«Y será aún más rico si le concedo su petición.» Después de que Dany cerrara las arenas de combate de la ciudad, el valor de los títulos de propiedad de los reñideros había caído en picado. Hizdahr zo Loraq los había comprado a manos llenas, y en aquel momento era propietario de la mayor parte de las arenas de combate de Meereen.

El noble tenía el cabello peinado en forma de alas que le brotaban de las sienes, de tal modo que su cabeza parecía a punto de emprender el vuelo. El rostro alargado lo era aún más a causa de la barba adornada con anillos de oro. Los flecos de su *tokar* morado eran de perlas y amatistas.

—Su Esplendor conocerá ya el motivo de mi presencia aquí.

—Sin duda —respondió ella—. El motivo es que no tenéis nada mejor que hacer aparte de molestarme. ¿Cuántas veces os he dicho que no?

—Cinco, Magnificencia.

—Con ésta serán seis. No permitiré que vuelvan a abrirse las arenas de combate.

—Si su majestad tuviera la bondad de escuchar mis argumentos...

—Ya los he escuchado. Cinco veces. ¿O traéis argumentos nuevos?

—Los argumentos son viejos —reconoció Hizdahr—. Las palabras, en cambio, son nuevas. Os traigo palabras hermosas, corteses, más adecuadas para conmover a una reina.

—El problema está en la causa que defendéis, no en la cortesía con que lo hacéis. He escuchado tantas veces esos argumentos que yo misma podría defender el caso. ¿Queréis verlo? —Se inclinó hacia adelante—. Los reñideros forman parte de Meereen desde la fundación de la ciudad. Los combates tienen una naturaleza esencialmente religiosa: son un sacrificio de sangre a los dioses de Ghis. El «arte mortal» de Ghis no es una simple matanza, sino una exhibición de valor, fuerza y habilidad que complace sobremanera a vuestros dioses. Los luchadores victoriosos reciben agasajos y homenajes; a los héroes caídos se los honra y recuerda. Si permitiera la reapertura de las arenas de combate, demostraría al pueblo de Meereen que respeto sus costumbres y tradiciones. Los reñideros son famosos en todo el mundo. Atraen comercio a Meereen y sirven para llenar las arcas de la ciudad con moneda procedente de los lugares más distantes de la tierra. Todo hombre tiene sed de sangre, y los reñideros contribuyen a saciarla. Así se consigue que Meereen sea un lugar más pacífico. Para los criminales condenados a morir en las arenas, los reñideros representan un juicio por combate, una última oportunidad de demostrar su inocencia. —Dany echó la espalda hacia atrás de nuevo—. Ya está. ¿Qué tal lo he hecho?

© ENRIQUE JIMÉNEZ COROMINAS

—Su Esplendor ha presentado el caso mucho mejor de lo que yo mismo lo habría hecho. Salta a la vista que sois tan elocuente como hermosa. Me habéis convencido.

—Lástima que a mí no. —Dany no pudo por menos que reírse.

—Magnificencia —le susurró al oído Reznak mo Reznak—, permitidme que os recuerde que, según la costumbre, a la ciudad le corresponde una décima parte de todos los beneficios que se generen en las arenas de combate, tras descontar los gastos. Es un impuesto. Se podrían dar muchos usos nobles a ese dinero.

—Es posible —reconoció—, aunque si decidiéramos reabrir los reñideros deberíamos cobrar el diezmo antes de descontar gastos. No soy más que una niña y desconozco el arte del comercio, pero he tratado con Illyrio Mopatis y Xaro Xhoan Daxos lo suficiente para saber al menos eso. Hizdahr, si dominarais los ejércitos igual que domináis los argumentos, podríais conquistar el mundo..., pero la respuesta vuelve a ser no. Por sexta vez.

El hombre hizo una reverencia tan pronunciada como la primera. Las perlas y las amatistas tintinearon suavemente contra el suelo de mármol. Hizdahr zo Loraq era, también, muy flexible.

—La reina ha hablado.

«Si no fuera por ese peinado tan ridículo, sería atractivo.» Reznak y la Gracia Verde habían estado insistiendo a Dany para que tomara como esposo a un noble meereeno, cosa que la reconciliaría con la ciudad. Si al final se veía obligada a transigir, valdría la pena tener en cuenta a Hizdahr zo Loraq. «Mucho mejor que Skahaz.» El Cabeza Afeitada le había ofrecido repudiar a su esposa para casarse con ella, pero la sola idea le provocaba escalofríos. Al menos Hizdahr sabía sonreír.

—Magnificencia —dijo Reznak tras consultar su lista—, el noble Grazdan zo Galare quiere dirigirse a vos. ¿Deseáis escucharlo?

—Será un placer —dijo Dany mientras contemplaba el brillo del oro y el lustre de las perlas verdes de las zapatillas de Cleon y hacía lo posible por no pensar en cómo le apretaban los dedos.

Ya le habían advertido que Grazdan era primo de la Gracia Verde, cuyo apoyo le estaba resultando de gran valor. La sacerdotisa era la voz de la paz, la tolerancia y la obediencia a la autoridad legal. «Quiera lo que quiera su primo, lo escucharé con respeto.»

Resultó que lo que quería era oro. Dany se había negado a compensar a ninguno de los Grandes Amos por el precio de los esclavos que había liberado, pero los meereenos no dejaban de idear maneras de sacarle dinero. El noble Grazdan pertenecía a aquella categoría. Según le explicó, en otros tiempos había sido dueño de una esclava que era una tejedora maravillosa; los productos de su telar se valoraban enormemente, y no sólo en Meereen, sino también en el Nuevo Ghis, en Astapor y en Qarth. Cuando la mujer se hizo vieja, Grazdan compró media docena de chicas y ordenó a la anciana que las instruyera en los secretos de su arte. La anciana ya había muerto, y las jóvenes, una vez libres, habían abierto un taller junto al puerto, donde vendían sus telas. Grazdan zo Galare quería que se le concediera un porcentaje de sus beneficios.

—Si tienen esa habilidad es gracias a mí —recalcó—. Yo las saqué del mercado de esclavos y las senté ante el telar.

Dany lo escuchó en silencio, con el rostro impenetrable.

—¿Cómo se llamaba la anciana tejedora? —le preguntó cuando hubo terminado.

—¿La esclava? —Grazdan cambió el peso de una pierna a la otra, con el ceño fruncido—. Creo que era... Elza, me parece. O Ella. Murió hace ya seis años. He tenido muchos esclavos, Alteza.

—Pongamos que se llamaba Elza. —Dany alzó una mano—. Éste es nuestro veredicto: las chicas no tienen que daros nada. Fue Elza la que las enseñó a tejer, no vos. En cambio, vos entregaréis a las chicas un telar nuevo, el mejor que se pueda comprar. Eso por haber olvidado el nombre de la anciana. Podéis retiraros.

Reznak iba a llamar a continuación a otro *tokar,* pero Dany ordenó que en su lugar compareciera uno de los libertos. A partir de aquel momento fue alternando entre antiguos amos y antiguos esclavos. La mayor parte de los asuntos que le planteaban tenían que ver con desagravios e indemnizaciones. Tras la caída de Meereen, el saqueo había sido brutal. Las pirámides escalonadas de los poderosos se habían librado de lo peor, pero en las zonas más humildes de la ciudad hubo una auténtica orgía de pillaje y asesinatos cuando los esclavos de la ciudad se alzaron y las hordas hambrientas que la habían seguido desde Yunkai y Astapor entraron como una avalancha por las puertas derribadas. Al final, sus Inmaculados habían restablecido el orden, pero el saqueo había dejado a su paso todo un rastro de problemas. Por tanto, iban a ver a la reina.

Se presentó ante ella una mujer adinerada cuyo esposo e hijos habían muerto defendiendo las murallas de la ciudad. Durante el saqueo, impulsada por el miedo, huyó al hogar de su hermano. Al regresar se encontró con que habían convertido su casa en un burdel, y las prostitutas se engalanaban con sus joyas y sus vestidos. Quería recuperar la casa y las joyas.

—Los vestidos se los pueden quedar —concedió.

Dany ordenó que le devolvieran las joyas, pero dictaminó que al huir había abandonado la casa y ya no tenía derecho a ella.

Un antiguo esclavo se presentó para acusar a un hombre de la familia Zhak. Se había casado hacía poco con una liberta que, antes de la caída de la *(continúa en página 11)*

(viene de la página 10) ciudad, servía al noble como calientacamas. El noble la había desvirgado, la había utilizado a su gusto y la había dejado embarazada. Su nuevo marido quería que se castrara al noble por el delito de violación, y también una bolsa de oro como pago por criar al bastardo del noble como si fuera su propio hijo. Dany le concedió el oro, pero no la castración.

—Cuando se acostó con ella, vuestra esposa era de su propiedad; podía hacer lo que quisiera. Según la ley, no hubo violación.

Le resultó obvio que la decisión no lo dejaba satisfecho, pero si castraba a todos los hombres que alguna vez se habían acostado con una esclava, no tardaría en reinar sobre una ciudad de eunucos.

A continuación se adelantó un muchachito más joven que Dany, flaco y lleno de cicatrices, que vestía un *tokar* raído con flecos plateados que arrastraban por el suelo. Se le quebró la voz al contar cómo dos esclavos de la casa de su padre se habían rebelado la noche en que cayó la puerta. Uno asesinó a su padre y el otro, a su hermano mayor. Ambos violaron a su madre antes de matarla también. El muchacho había conseguido huir con tan sólo una herida en la cara, pero uno de los asesinos seguía viviendo en la casa de su padre, y el otro se había alistado con los soldados de la reina y ahora era uno de los Hombres de la Madre. Quería que los ahorcaran a los dos.

«Reino en una ciudad con cimientos de polvo y muerte.» Dany no tuvo más remedio que negarse. Había decretado un indulto general para todos los delitos cometidos durante el saqueo, y desde luego, no iba a castigar a un esclavo por alzarse contra sus amos.

Cuando se lo dijo, el muchacho se abalanzó hacia ella, pero se le enredaron los pies con el *tokar* y cayó de bruces contra el suelo de mármol. Belwas el Fuerte se echó sobre él. El corpulento eunuco moreno lo levantó en vilo con una sola mano y lo sacudió como haría un mastín con una rata.

© ENRIQUE JIMÉNEZ COROMINAS

—Ya basta, Belwas —ordenó Dany—. Soltadlo. —Se volvió hacia el chico—. Conserva ese *tokar* como un tesoro, porque te ha salvado la vida. No eres más que un niño, así que olvidaré lo que ha sucedido hoy aquí. Te recomiendo que hagas lo mismo.

Pero mientras salía, el chico miró hacia atrás, y al verle los ojos Dany supo que la arpía tenía otro hijo.

Al mediodía, Daenerys sentía ya el peso de la corona en la cabeza, y la dureza del banco bajo ella. Había tanta gente esperando sus veredictos que no hizo una pausa para comer, sino que envió a Jhiqui a la cocina para que le llevara una bandeja con una torta de pan, aceitunas, higos y queso. Fue comiendo a mordisquitos mientras escuchaba, y a ratos bebía de una copa de vino aguado. Los higos eran buenos y las aceitunas aún mejores, pero el vino le dejaba en la boca un regusto ácido y metálico. Las uvas pequeñas y amarillas que se daban en aquella zona producían una cosecha de escasa calidad.

«No tendremos comercio de vino.» Además, los Grandes Amos habían quemado los mejores viñedos junto con los olivos.

Por la tarde se presentó un escultor que le propuso sustituir la cabeza de la gran arpía de bronce de la Plaza de la Purificación por otra a imagen de Dany. Ella rechazó la sugerencia con tanta cortesía como pudo. En el Skahazadhan habían pescado una trucha de dimensiones sin precedentes, y los pescadores querían regalársela a la reina. No escatimó elogios para el pescado, recompensó a los pescadores con una buena bolsa de plata, e hizo que llevaran la trucha a las cocinas. Un artesano del cobre le había hecho una cota de brillantes anillas para que la vistiera en el combate. La aceptó con grandes muestras de gratitud: era una prenda muy hermosa, y el sol arrancaría bonitos destellos del cobre bruñido, pero si había una batalla de verdad, era más recomendable ir enfundada en acero. Aquello lo sabía hasta una niña que desconocía el arte de la guerra.

Las zapatillas que le había regalado el Rey Carnicero le resultaban ya insoportables de puro incómodas. Dany se las quitó y se sentó sobre un pie mientras mecía el otro. No era una pose nada regia, pero estaba harta de ser regia. La corona le había dado dolor de cabeza, y se le habían entumecido las nalgas.

—Ser Barristan —comentó—, ya sé qué cualidad debe tener todo rey.

—¿Valor, Alteza?

—No —bromeó ella—, un culo de acero. Lo único que hago es pasarme el día sentada.

—Su Alteza carga con demasiadas obligaciones. Tendríais que permitir que vuestros consejeros cargaran con algunas de ellas.

—Consejeros me sobran; lo que necesito son cojines. —Dany se volvió hacia Reznak—. ¿Cuántos quedan?

—Veintitrés, si a Su Magnificencia le parece bien. Con otras tantas reclamaciones. —El senescal consultó unos cuantos documentos—. Un ternero y tres cabras. Sin duda, el resto serán ovejas o corderos.

—Veintitrés —suspiró Dany—. Desde que empezamos a pagar a los pastores por los animales que perdían, mis dragones han desarrollado un apetito increíble. ¿Han aportado pruebas?

—Algunos traen huesos quemados.

—Los hombres encienden hogueras. Los hombres asan corderos. Unos huesos quemados no demuestran nada. Ben el Moreno dice que en las Colinas cercanas hay lobos de pelo rojo, y también chacales y perros salvajes. ¿Es que vamos a tener que pagar con plata todos los corderos que se descarríen entre Yunkai y el Skahazadhan?

—No, Magnificencia. —Reznak hizo una reverencia—. ¿Ordeno a estos granujas que se marchen, o preferís que los haga azotar?

Daenerys cambió de postura en el banco.

—Nadie debe tener miedo de acudir a mi presencia. Pagadles. —Sin duda, algunas de las reclamaciones serían falsas, pero en su mayor parte eran genuinas. Sus dragones habían crecido demasiado para conformarse con ratas, gatos y perros. «Cuanto más coman, más grandes se harán —le había advertido Ser Barristan—, y cuanto más grandes sean, más comerán.» Drogon, sobre todo, se alejaba mucho para cazar, y devoraba un cordero cada día—. Pagadles el coste de los animales —dijo a Reznak—, pero de ahora en adelante, los que tengan alguna reclamación tendrán que presentarse en el Templo de las Gracias y hacer un juramento sagrado ante los dioses de Ghis.

—Así se hará. —Reznak se volvió hacia los demandantes—. Su Magnificencia la Reina ha accedido a compensaros a todos por los animales que habéis perdido —les dijo en ghiscario—. Presentaos mañana ante mis factores y se os pagará en monedas o en especie, como elijáis.

Un silencio hosco recibió el anuncio. «Deberían estar más contentos —pensó Dany—. Ya tienen lo que habían venido a buscar. ¿Es que no hay manera de satisfacer a esta gente?»

Un hombre se quedó donde estaba mientras los demás iban saliendo. Era achaparrado, con el rostro curtido por la intemperie y ropas andrajosas. Llevaba el hirsuto pelo rojinegro cortado como un casco sobre las orejas, y en una mano tenía una saca de tela. Permaneció con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo de mármol, como si hubiera olvidado dónde se encontraba. «¿Y éste qué querrá?», se preguntó Dany con el ceño fruncido.

—¡Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los Rhoynar y los Primeros Hombres, *khaleesi* del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones! —declamó Missandei con su voz aguda y dulce.

Dany se levantó, y se le empezó a resbalar el *tokar*. Lo atrapó rápidamente y volvió a ponérselo en su sitio.

—Vos, el del saco —llamó—, ¿queríais audiencia? Podéis acercaros.

El hombre alzó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos como heridas abiertas. Dany vio por el rabillo del ojo cómo Ser Barristan se acercaba más a ella, una sombra blanca siempre a su lado. El hombre se acercó arrastrando los pies, un paso, luego otro, con la saca aferrada. «¿Estará borracho o enfermo?», se preguntó. Tenía tierra bajo las uñas amarillentas y rotas.

—¿Qué sucede? —preguntó Dany—. ¿Queréis exponernos algún agravio, alguna petición? ¿Qué deseáis?

El hombre se lamió nervioso los labios agrietados.

—He... he traído...

—¿Huesos? —le interrumpió con impaciencia—. ¿Huesos quemados?

Él alzó la saca y derramó su contenido sobre el mármol. Eran huesos, sí, huesos rotos y ennegrecidos. Los más largos estaban rotos; les habían sacado la médula.

—Fue el negro —dijo el hombre en el gutural idioma ghiscario—. La sombra alada. Bajó del cielo y... y...

«No. —Dany se estremeció—. No, no, oh, no.»

—¿Acaso estáis sordo, idiota? —espetó Reznak mo Reznak al hombre—. ¿Es que no me habéis oído? Id mañana a ver a mis factores y os pagarán la oveja.

—Reznak —intervino Ser Barristan con voz queda—, contened la lengua y abrid los ojos. No son huesos de oveja.

«No —pensó Dany—. Esos huesos son de un niño.» ■

JORGE FLÓREZ / CARLOS SUÁREZ

CONSTRUCCIONES DESHABITADAS, GEOMETRÍAS VIVIDAS

JORGE FLÓREZ
Esculturas
CARLOS SUÁREZ
Ciudad satélite
Galería Adriana Suárez (Gijón)
www.galeriaadrianasuarez.com

JUAN CARLOS GEA

La idea de que la geometría expresa la estructura profunda del mundo, aquello que le confiere algún tipo de orden y estabilidad, y de que ese orden es homologable de algún modo con la estructura de nuestra mente o de nuestro espíritu está en la raíz más remota de nuestra tradición cultural. Y es también un motivo con el que se reencuentra constantemente, a todas las escalas, el arte occidental. De ahí que no sea extraño escuchar a un artista joven, como

Tres esculturas de Jorge Flórez en Adriana Suárez / © NOÉ BARANDA

Jorge Flórez (Gijón, 1984), hablar de la geometría que define la exquisita y al tiempo poderosa escultura que muestra en la Galería Adriana Suárez como de una especie de cristalización final que estructura una época de aprendizaje; de un ámbito donde se remansa, se ordena y cobra forma definida un trabajo que era hasta ahora diverso, nervioso, orgánicamente expresivo... y muy alejado de cualquier noción de lo geométrico.

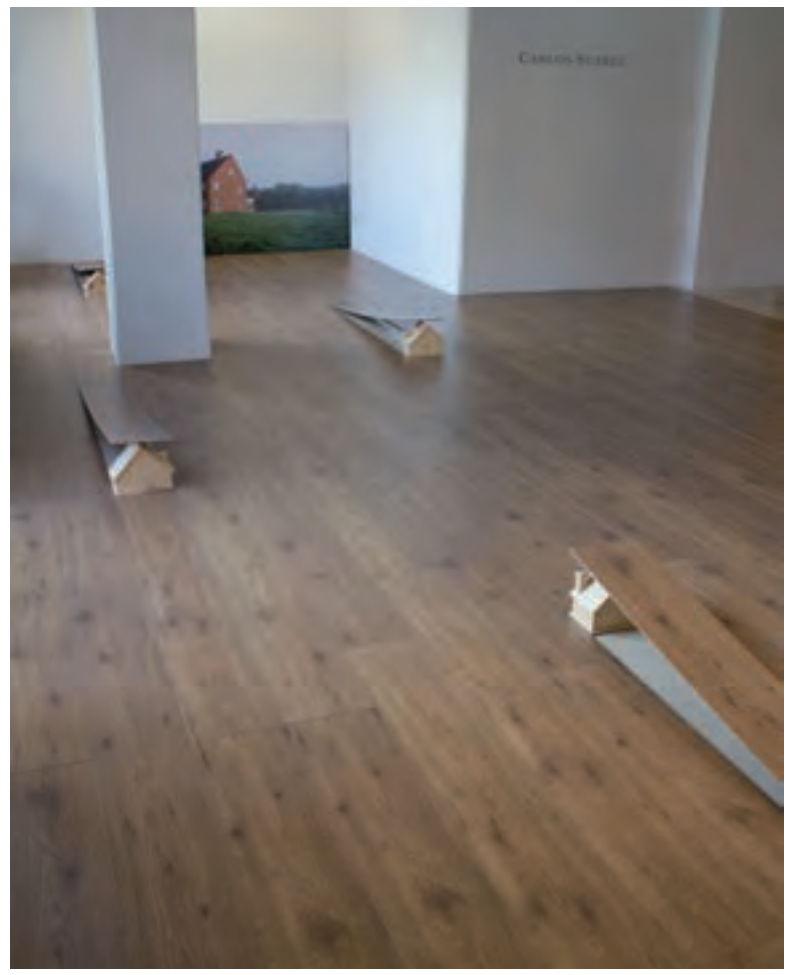
Porque, en efecto, nada parece en principio más lejos de la obra anterior de Flórez que estas piezas compactas y de una ejecución impecable que ocupan el espacio como bloques exentos, relieves o piezas intermedias que parecen hundirse o brotar del muro, y en los que la silenciosa pureza de fondo se enriquece con superposiciones e intersecciones de volúmenes, sutiles cambios de ángulo, contrastes o la gradación de colores planos, juegos con la luz y la sombra. Su ejecución coincide con un cambio vital de envergadura: el retiro del artista a un taller encaramado al Sueve, después de una intensa época de formación y experimentación en Bilbao, donde, junto al influjo de Oteiza o Serra, tuvo ocasión de colaborar con figuras como Cai Guo-Quiang.

«Tenía una necesidad de parar, de sentar la cabeza, de respirar todo lo que había hecho hasta ahora y masticarlo tranquilamente desde la soledad», explica. Fue el contacto cercano con la arquitectura, con el trabajo del dibujo en el ordenador y los planos, el que inició de alguna manera la conversión de todo lo que traía a cuestas en la limpieza geométrica de sus formas. Y también el contacto físico con la roca, la experiencia de la montaña. Una experiencia real, viva, algo que resulta obvio en casi carnal permanencia de un elemento orgánico, que se revela en un proceso en el que Flórez no parte de diseños preconcebidos, sino que va «encontrando las formas» en el enfrentamiento abierto e incluso azaroso con la madera.

Casas dentro de casas

El concepto de lo arquitectónico, de la construcción —y de la construcción por antonomasia: la casa— está en el centro del proyecto que convive con las esculturas de Flórez en Adriana Suárez. *Ciudad satélite,* de **Carlos Suárez** (Avilés, 1969), es una concreción más de la serie de trabajos que viene desarrollando en torno al tema del territorio, la memoria, las migraciones o la ciudad. Se trata de una instalación que combina el elemento escultórico y el fotográfico, basado en dos espléndidas e inquietantes imágenes de sendas viviendas unifamiliares que tomó durante un viaje a Bélgica. Son «casas sin memoria».

La forma casi arquetípica, compacta y en apariencia inhabitable de esas casas (que sin embargo forman parte de urbanizaciones de lujo) se repite en los pequeños modelos que parecen irrumpir, aquí y allá, aisladamente, desde debajo del suelo de madera con



Una perspectiva de la instalación *Ciudad satélite*, de Carlos Suárez / © CARLOS SUÁREZ

que Suárez ha cubierto una parte de la sala, tensando los listones bajo los que brotan: casas que surgen dentro del espacio de la antigua vivienda en la que se habilitó la galería. Casas dentro de casas.

El conjunto desencadena un juego a varias bandas entre interior y exterior, habitabilidad e inhabitabilidad y las distintas escalas con el fin de suscitar una sensación «de desubicación, de incertidumbre, de desconcierto»..., que viene a ser todo lo contrario de lo que buscamos en principio en el concepto de *casa,* para Suárez «aquel que mejor define quizá en Europa nuestra idea de la sociedad, del bienestar». Pero paradójicamente hay, según el artista, «muy poco de europeo, mucho olvido de nuestra propia memoria, y mucho de americanización» en este tipo de casas que «muestran la diferencia entre *casa* y *hogar,* que dan la impresión de estar en pueblos muertos y sin habitantes dentro», y que parecen ensimismadas, desconectadas de cualquier estructura orgánica que pueda sugerir un concepto de ciudad verdaderamente social. ■

ALEJANDRO QUINCOCES

UN URBANISTA DEL CLIMA

ALEJANDRO QUINCOCES
De lo real a lo épico
Sala de Arte Van Dyck (Gijón)
Hasta el 10 de diciembre

Pocos pintores han captado con la profundidad de Alejandro Quincoces (Bilbao, 1951) la esencia de la ciudad contemporánea. Su nueva individual en Van Dyck, la quinta que desde el 2000 exhibe en la galería gijonesa, insiste en la maestría técnica y la sensibilidad con la que el bilbaíno despliega otra vez —a una escala ciertamente épica, como sugiere el título de la exposición— sus panorámicas aéreas de grandes ciudades y los paisajes urbanos o suburbanos en los que es difícil decidir qué alcanza mayor protagonismo: las estructuras y las construcciones, la atmósfera y el clima, la textura bruta de la materia (el asfalto, las aguas portuarias, la basa de los muelles) o la relación de la luz natural o artificial con la grisalla urbana.

Concentrando sobre la tabla el máximo de recursos técnicos o exprimiendo sobre el papel todas las posibilidades del grafito, Quincoces ahonda en un realismo complejo, que comprende perfectamente que la realidad —emblematizada en la compleja, confusa y multiforme realidad urbana— es más bien una abigarrada composición de fragmentos que un catálogo de cuerpos acabados y definidos. Desde esa concepción, la pintura en sí misma, como materia, incluso como

Quincoces ahonda en un realismo complejo, que comprende perfectamente que la realidad es más bien una abigarrada composición de fragmentos que un catálogo de cuerpos acabados y definidos

Alejandro Quincoces. *Atardecer rosa en la ría,* óleo tabla, 85 × 85 cm

energía, posee tanta realidad como la del edificio más sólido. Y ahí reside la mejor cualidad de esta pintura: en su rico y ambivalente realismo que permite tanto construir climas —*urbanizar* climas— como disolver las ciudades en pura atmósfera. ■ **J. C. G.**

LISARDO
TODOS LOS TONOS DE BLANCURA

Lisardo / © FERNANDO ROBLES

LISARDO
Pinturas
Gema Llamazares (Gijón)
Hasta el 7 de enero
www.gemallamazares.com

El mundo como un contenedor de un ser cuya manifestación está sujeta a límites estrictos, igual que lo está de modo simétrico nuestro conocimiento de él; y, dentro de esa restricción insuperable por las dos partes, con todo, un auténtico festín de presencias que hay que saber detectar, organizar y disfrutar. Si pudiese formularse en términos filosóficos, algo muy similar a esto correspondería a la pintura límite que desde el pasado jueves expone Lisardo Menéndez Minas (Mieres, 1960) en la galería gijonesa Gema Llamazares: una colección de obras en las que su tendencia a la pureza, a la ascética transcripción de una experiencia igualmente ascética de la pintura, llega a un punto realmente extremo. De hecho, se trata de una obra que, manteniendo el formato externo de pintura (un pigmento sobre un soporte plano), intenta superar ese concepto y constituir cada pieza como un objeto más próximo, en la rotundidad y la autonomía de su presencia, a la escultura, y seguramente a la música en su estructura profunda y en su aspiración a la pureza.

La técnica prolonga y ahonda la parte más esencial de la pintura que Lisardo ha hecho hasta ahora, tal como pudo verse en su última individual en esta misma galería: un juego de superposiciones, ocultaciones y falsas invisibilidades sobre pautas geométricas, y éstas a su vez sobre una blancura sólo en apariencia monocromática, enmarcada en alguna de las obras con un festón de rojo puro o negro. De hecho, toda la exposición es un festín de tonos del blanco que el ojo va registrando y diferenciando, al tiempo que se revelan también los delicados juegos geométricos inscritos en la blancura. No sólo se trata de verlos aparecer, cobrar existencia,

Toda la exposición es un festín de tonos del blanco que el ojo va registrando y diferenciando, al tiempo que se revelan también los delicados juegos geométricos inscritos en la blancura

sino, según su autor, de sentirse invitados a la interpretación, a la búsqueda y proyección de pautas que organicen poco a poco los ritmos y las melodías que la blancura contiene como un pentagrama.

La condición —señala Lisardo— es la detención, la atención, el saber posar la mirada sobre la obra de modo que se vaya acomodando a sus condiciones que, si son un reto para el espectador, lo han sido redobladamente para el autor, según una disciplina de la restricción y la autoexigencia entendidas como método. Unas condiciones que tienen también bastante que ver con el modo en que el silencio, o al menos la aminoración del ruido, es necesaria para escuchar la música. ■ **J. C. G.**

FERNANDO GUTIÉRREZ + .TAPE.
IMÁGENES Y MÚSICA MÁS ALLÁ DE *PONG*

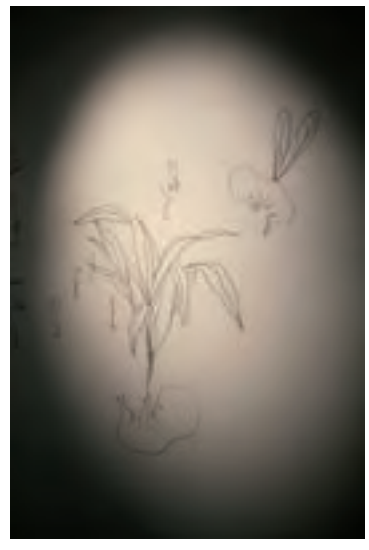
© ESPACIO THINK

FERNANDO GUTIÉRREZ + .TAPE.
Demo. Reacciones exotérmicas en la sala de exposiciones
Espacio Think (La Felguera)
Hasta el 5 de enero del 2012
www.espaciothink.com

JAVIER ÁVILA

Los campos de actuación de las prácticas artísticas se han visto ampliados con el acceso y democratización de las tecnologías. Puestas en manos de los creadores, estas herramientas abren un espacio de investigación dirigido al uso de soportes que se hacen cotidianos en el espectador. A esta realidad se suma la posición interdisciplinar generalizada en estas últimas décadas, así como la posibilidad de compartir conocimientos en la creación de equipos de trabajo, algo cada vez más frecuente a al hora de establecer objetivos y resultados.

Fernando Gutiérrez y .tape. (álter ego de Daniel Romero), sin duda dos de los artistas con mayor proyección en nuestro panorama, han trabajado desde estos parámetros para poner en marcha la pieza que presentan en el Espacio Think de La Felguera, uno de esos lugares excluidos de los circuitos expositivos entendidos como tales, pero que creo que son aquellos en los que ocurren las aportaciones importantes. Con un corto recorrido, sus impulsores hacen una programación ecléctica que va desde el vídeo a los fanzines o los proyectos específicos, como es el caso que nos ocupa, aunando intereses por el arte y el diseño cuyas fronteras no siempre están delimitadas.



El tándem de artistas pone en marcha un videojuego lleno de ingenio y sentido del humor donde las imágenes de uno se combinan con los sonidos del otro, haciéndose eco de piezas absolutamente asimiladas por una cultura popular. La pieza se convierte en un divertimento delicioso, lleno de la ensoñación habitual en las presentaciones

El tándem de artistas pone en marcha un videojuego lleno de ingenio y sentido del humor donde las imágenes de uno se combinan con los sonidos del otro, haciéndose eco de piezas absolutamente asimiladas por una cultura popular

de ambos, de modo que estamos ante un verdadero instrumento musical en el que las composiciones se generan sobre el desarrollo que el usuario-espectador hace del juego.

Basado en el legendario juego *Pong*, creado por Nolan Bushnell y comercializado por Atari a principios de los setenta, pionero en este tipo de ocio y disponible en las versiones para uno o dos jugadores, dos animaciones se mueven arriba y abajo de la pantalla, disparando bolas una contra otra. La velocidad de disparo y el acierto o no en el blanco son los parámetros que condicionan la generación de notas y sonidos, así como la cadencia de la melodía resultante, creando un ambiente envolvente y fascinante.

En el ensayo con motivo de la trilogía que Laboral Centro de Arte dedicaba al papel del videojuego en la sociedad y al arte actual, Erich Berger señalaba la trascendencia del elemento lúdico en la cultura y la sociedad. El acto de jugar invertido y reformado, portador de problemáticas sociales y políticas y convertido en instrumento de crítica y cambio social y que, al conectar lo real con lo virtual, abre nuevos espacios a la comunicación y la acción social, así como su capacidad de fundirse con otras disciplinas y alumbrar nuevas formas artísticas. Sin duda lo presentado en esta ocasión se hace eco de todas y cada una de estas afirmaciones, del mismo modo que sitúa los posicionamientos discursivos de los artistas. ■

EXPUESTO EN ASTURIAS

GALERÍAS DE ARTE

GALERÍA ADRIANA SUÁREZ
• **Jorge Flórez + Carlos Suárez**
De 10 a 14 y de 18 a 21 h
☞ Plaza del Instituto, 7, 1º dcha, Gijón ✆ 644 248 932
info@galeriaadrianasuarez.com | www.galeriaadrianasuarez.com

EL ARTE DE LO IMPOSIBLE
• ***London*** > Colectiva de los artistas asistentes a la Feria Internacional The Affordable Art Fair (Londres, octubre)
Hasta el 15 de diciembre • De 11 a 14 y de 18 a 21 h
☞ c/ Joaquín Fernández Acebal, 6, Gijón ✆ 985 170 757
elartedeloimposible@gmail.com
elartedeloimposibledemiguel.blogspot.com

ESPACIO DE ARTE CERVANTES 6
• **Roberto Díaz de Orosia** > *Mi Asturias*
Hasta el 28 de diciembre • De 11.30 a 14 y de 18 a 21 h
☞ c/ Cervantes, 6, Oviedo ✆ 985 254 169
espaciodearte@cervantes6.es | www.cervantes6.es

GALERÍA CORNIÓN
• **Esteban Prendes del Río** > *Berlín - Varanasi - Gokarna*
Hasta el 10 de diciembre • De 10 a 13.30 y de 17 a 20 h
☞ c/La Merced, 45, Gijón ✆ 985342507
galeria@cornion.com | www.cornion.com

GALERÍA DE ARTE ESPACIO LÍQUIDO
• **Chechu Álava** > *El hilo de Ariadna*
Hasta el 27 de diciembre • De 12 a 13.30 y de 18 a 20 h
☞ c/ Jovellanos, 3, Gijón ✆ 985 175 053
www.espacioliquido.net

GALERÍA DE ARTE GEMA LLAMAZARES
• **Lisardo**
A partir del 1 de diciembre
• ***Encuentros III*** > Exposición colectiva
Hasta el 25 de febrero • De 11.30 a 14 y de 17.30 a 21.30 h
☞ c/Instituto, 23, Gijón ✆ 984 197 926
gema@gemallamazares.com | www.gemallamazares.com

GALERÍA GUILLERMINA CAICOYA
• **Avelino Sala**
Hasta el 13 de diciembre • De 10.30 a 14 y de 17 a 21 h
☞ c/ Asturias, 12, Oviedo ✆ 985 242503
info@galeriacaicoya.com | www.galeriaguillerminacaicoya.com

GALERÍA TEXU
• **Jorge Restrepo** > *Entropía*
• **Ramón Rodríguez** > *Umbrío y profundo*
Hasta el 10 de diciembre • De 10 a 14 y de 16 a 20.30 h
☞ c/Postigo Bajo, 13, Oviedo ✆ 985 218 813
galeria@galeriatexu.com | www.galeriatexu.com

GALERÍA VAN DYCK
• **Quincoces** > *De lo real a lo épico*
Hasta el 10 de diciembre
• **Juan José Plans** > *Regreso al futuro*
Hasta el 12 de diciembre
• ***Realismo 2011-11-28***
Hasta el 28 de diciembre
De 11.30 a 14 y de 17.30 a 21.30 h
☞ c/Menéndez Valdés, 21, y Casimiro Velasco, 12, Gijón
✆ 985 34 49 43 | galeria@galeriavandyck.es

GALERÍA VÉRTICE
• ***Exposición colectiva***
De 11.30 a 14 y de 17.30 a 21 h
☞ c/ Márques de Santa Cruz, 10, Oviedo ✆ 985 218 482
info@galeriavertice.com | www.galeriavertice.com

> ESTEBAN PRENDES

DE SPREE AL GANGES: EL RÍO DE LA VIDA

ESTEBAN PRENDES
Berlín-Varanasi-Gokarna
Galería Cornión (Gijón)
Hasta el 10 de diciembre
www.cornion.com

LUIS FEÁS COSTILLA

Esteban Prendes al fin se ha decidido a hacer su primera exposición comercial, él que tantos prejuicios tenía al respecto. Con un prurito justificadísimo, se resistía al hecho de tener que pintar a cambio de dinero, pero ahora que ha cumplido los treinta y tres años se va dando cuenta de lo que muchos le decíamos, que no hay contradicción entre el comercio justo y la tarea honesta y sincera, que una cosa es que te compren lo que haces y otra venderse, hacer por dinero lo que de otra forma no harías. Su desconfianza hacia la vertiente más institucional y promovida de lo artístico procede de una posición humilde, de recogimiento, pues sabe que el arte es demasiado importante como para que lo único que se promocione sea el ego del artista o para que el cuadro, como objeto, se convierta en un artículo de lujo. Por eso pinta con materiales pobres, que son más baratos y le permiten mayor libertad. Por eso permite que sus cuadros se pisen, como hizo en su individual del año pasado en la Sala Borrón de Oviedo o él mismo realiza a la hora de pintar sus cuadros, dejando en ocasiones su huella. Por eso, y por ser generoso y agradecer a los demás el interés por lo que hace, regala dibujos y bocetos en la inauguración de sus exposiciones, incluso de las comerciales, algo que en principio sería como tirar piedras sobre su propio tejado, si es que quiere vivir de lo artístico.

Las primaveras y los veranos y sus estancias en la ciudad india de Benarés le ofrecen un renacimiento cargado de color que se plasma en cuadros llenos de contrastes y repleto de figuras, a orillas de ese río, el Ganges

Esteban Prendes en Cornión / © FERNANDO ROBLES

Porque donde Esteban Prendes sabe mostrarse verdaderamente generoso es en su pintura, hecha con un derroche de energía y vitalidad. Pintura-pintura, de colores complementarios y trazos expresivos, en la mayoría de las ocasiones con voluntad representativa, de pintar lo que ve, lo que le impresiona, en su periplo vital por Berlín, ciudad en la que vive, o por la India, a la que viaja (o, mejor dicho, peregrina) a menudo. Su pintura, en este sentido, está ligada al paso de las estaciones como, según el poeta Basho, es común en todos los que logran sobresalir en el arte: los fríos inviernos berlineses son duros, incluso traumáticos, lo que se traduce en lienzos casi blancos, del color de la nieve, de un gestualismo retraído, condensado y resumido, en los que se deja parte de la tela sin pintar. Las primaveras y los veranos y sus estancias en la ciudad india de Benarés le ofrecen, por el contrario, un renacimiento cargado de color que se plasma en cuadros llenos de contrastes y repleto de figuras, a orillas de ese río, el Ganges, sagrado para los hindúes, que ya había mostrado en exposiciones anteriores como la que compartió con su padre, Ramón Prendes, el año pasado en la Fundación Museo Evaristo Valle de Somió. También aparece la ciudad de Gokarna (la india, no la nepalí), cuyas playas inspiran las obras más abstractas del conjunto, en el que predominan como siempre los autorretratos, no por afán narcisista, sino para mirar fuera y dentro de sí, con función introspectiva. En total, una treintena de cuadros, que muestran, en esta individual en la Galería Cornión de Gijón, a un pintor cada vez más maduro, al que le sienta bien la purificación de las aguas, pero que al mismo tiempo es consciente de que éstas no bajan limpias, sino impregnadas de todo el dolor de la vida y los más catárticos rituales de muerte. Y que hace un arte cargado de poesía pero sin pureza, pues ya se sabe que quien huye del mal gusto cae en el hielo, como escribía Neruda. ■

El relato sigue dos hilos conductores: el talento de la protagonista para contar cuentos y las digresiones estéticas e históricas sobre la lengua árabe

Craig Thompson y la obra maestra reconocida

EL AUTOR DE *BLANKETS* FIRMA UNA MAGISTRAL HISTORIA DE AMOR CARGADA DE SIMBOLISMOS EN EL CONTEXTO DEL MUNDO ÁRABE

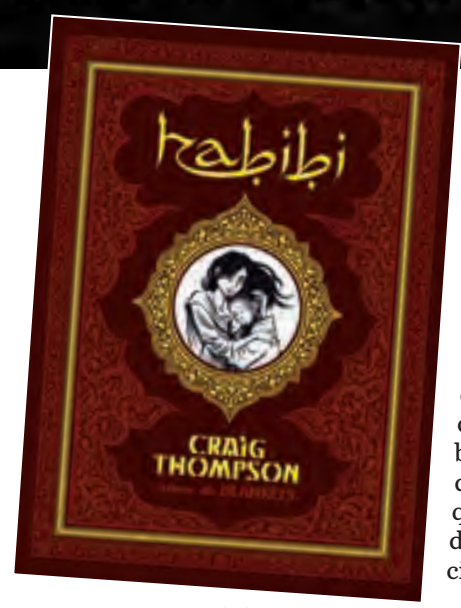
JORGE CARRIÓN

Antes de cumplir los cuarenta, Craig Thompson (Traverse City, Michigan, 1975) ya ha publicado dos obras maestras. Si la primera, ***Blankets*** (Astiberri, 2004), era autobiográfica, la segunda en cambio es absolutamente ficcional. ***Habibi*** narra la historia de amor entre dos seres llenos de cicatrices Y condenados al encuentro, el desencuentro y el rencuentro, en el contexto de un mundo árabe a caballo entre el nomadismo de antaño y la explotación tecnológica de hoy. Una historia de amor compleja, que aborda el matrimonio no consentido y el despotismo, la prostitución infantil y la castración, la pobreza extrema y la posibilidad de la rebeldía, la superación individual y la lucha colectiva; y lo hace mediante una estructura en que, con asombrosa naturalidad, se suceden los *flashbacks,* los fragmentos en contrapunto de dos líneas argumentales en constante convergencia y divergencia, y las reelaboraciones de las historias antiguas que pueblan los libros sagrados. Todo atravesado de una finísima ironía.

Dos son los hilos conductores con que se trenzan los relatos que van y vienen: por un lado, el talento de la protagonista para contar cuentos; por el otro, las fascinantes digresiones estéticas e históricas sobre la lengua árabe. Porque el ritmo lo marcan tanto la fabulación femenina como el vaivén metalingüístico, que encuentra en la forma de las letras y en la simbología numérica que éstas ocultan un patrón musical, mágico, que explica en correlato el destino de los personajes. En *Blankets* ya aparecían varias referencias a los patrones que rigen la presencia de la Forma en nuestro mundo y su relación secreta con las emociones y el amor: el narrador se masturbaba evocando la caligrafía de la chica de quien se había enamorado y ella le regalaba un edredón hecho a mano en que cada cenefa y cada motivo guardaba relación con su propia vida y con la que ellos estaban construyendo. También la nieve revelaba un patrón que se traducía en elocuentes viñetas.

Alfabeto y geometría

Pero en *Habibi* ese mismo impulso (que revela una *mirada*) es llevado mucho más lejos: el alfabeto y la geometría simbólica son constantemente invocados, como el marco que encuadra toda la narración y la dota de un memorable sobresentido, en un grado de sutilidad y de escalofrío que este lector ha visto y sentido en muy pocas ocasiones. A la protagonista enferma el curandero le receta un texto sagrado deshecho en agua (tintada): «Beber todas la letras es lo más cerca del texto que puede llegar a estar uno; el cuerpo absorbe el mensaje, la palabra deviene carne». Como carácter aislado o como cadena de sentido, como cuento o como sonido, como entidad autónoma o como eco del paisaje, el lenguaje es reproducido, dibujado, narrado, entregado en sacrificio, ingerido, vomitado, convertido en viñeta, en página, en libro.



Habibi
CRAIG THOMPSON
Traducción de Oscar Palmer
Astiberri, 2011, 674 pp., 39 €

No es casual que en los agradecimientos de *Blankets* aparezca el nombre de Art Spiegelman y en el de *Habibi* lo haga el de Joe Sacco. Aunque la maestría artesanal de Thompson sea equiparable a la de Charles Burns, Chris Ware o David Mazzucchelli, lo cierto es que su uso del blanco y negro, y, sobre todo, su realismo simbolista recuerda especialmente al de los autores de ***Maus*** y ***Palestina***. Con el primero, además, nuestro autor sintoniza en la exploración de la culpa y de la angustia que ésta conlleva. En sus dos obras maestras la religión, la sexualidad, la familia (o su ausencia) y la educación (o el autoaprendizaje) son generadores de desazón y ansiedad, que sólo encuentran su alivio en la imaginación. La asfixia paterna de *Blankets* —no en vano una educación sentimental— sólo podía desembocar en el cómic como liberación. La orfandad de *Habibi,* que comporta la esclavitud, encuentra su contrapeso, también finalmente liberador, en los cuentos, en las historias, en la reescritura de ***Las mil y una noches***. En ambas obras el sexo es sobre todo desdicha y culpabilidad, hasta que es normalizado, aceptado y disfrutado gracias a la intervención del arte de la fabulación.

La Biblia es el modelo central de ambas obras. Incluso como objetos: dos volúmenes de más de quinientas páginas. *Blankets* es la huida de esa centralidad: de algún modo, convertir el libro sagrado en el subtexto del cómic actúa como transferencia, porque de esa forma deviene referente artístico, ya no vital. Una vez libre de la opresión religiosa, Thompson acomete en *Habibi* la interpretación libre del Antiguo Testamento, como parte de la mitología árabe y musulmana. Por supuesto, entre ambas obras narrativas se ubica una tercera que actúa como bisagra: ***Cuaderno de viaje*** (Astiberri, 2006), que registra un periplo del autor por Europa y Marruecos. Ahí encontramos los rastros de la fascinación por la escritura y la geometría árabe que conducen, como letras o dunas, hacia el esplendor de *Habibi*. Un libro que ya forma parte tanto de la historia del cómic como de la historia del arte de contar. ■